SOL DEL DOMINGO

Poesías inéditas

DE

RUBÉN DARÍO

1465-80
26

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1917

PENSANDO EN RUBÉN DARÍO

Cinco días hace que por el laberinto de la memoria me asaltan, vivos unos y completos, otros desfallecidos y mutilados, éste grácil, ése brillante y raro, aquél misterioso y profundo, los versos que leí siempre con avidez, que releí con delectación, que aprendí con entusiasmo, que estudié con respeto. Viene una estrofa y con ella un olvidado fragmento de mi vida; pasa una imagen que, al sacudir las alas, salpica de rocío de recuerdos la aridez de mi espíritu; se acerca el ritmo extraño de una estancia, y en su recóndita sonoridad percibo la música de mis suspiros juveniles. ¿Quién, por más encallecido y duro que se le haya puesto el corazón, no siente alguna vez que un canto, un perfume, un color, una palabra que recogieron los sentidos inesperadamen-

te, despiertan muchas cosas dormidas en el fondo de la conciencia, y que por remotas, por abandonadas, se creyeron muertas en la *vía crucis* del olvido?

Tal acaba de sucederme: una noticia fúnebre removió el arcón de mis añoranzas, en el cual mi curiosidad sentimental anduvo removiendo la guiñapería literaria; y, buscando, buscando, he aquí que entre los rasos chillantes, las bordaduras amarillentas y los terciopelos chafados de los versos, encuentro telas diáfanas de poesía: las desdoblo, las miro, las admiro, y siento que están impregnadas de aromas de antaño, de mirras de ilusión, de fragantes líquenes de alegría y ensueño. Ahora comprendo la sutil y melancólica verdad que, como en minúscula caja de oro afiligranado, encerró el Rabbí de Carrión en la arcaica copla:

Cuando es ida la rosa,
que ya el verano sale,
queda el agua olorosa
rosada que más vale.

Ya para mí salió el verano; ya es ida la rosa; pero me ha quedado en el hueco de la mano el agua olo-

rosa de los recuerdos, y en ella baño mis pensamientos como en linfas lustrales, y, a semejanza de todos los hombres, sonrío ante las fugitivas visiones de los días que fueron.

* * *

En una redacción de periódico, al caer de la tarde, nos dábamos cita dos o tres amigos para charlar de literatura, de arte, de mujeres bonitas y del último escándalo social. Entre murmuración y murmuración, entre pitillo y pitillo, entre chiste y chiste, se comentaba un libro, se leía en alta voz, se discutía en voz más alta aún, y se cambiaban impresiones sobre la ópera, sobre el drama, sobre la comedia representada o vivida. Los muchachos de aquella época — ¡ha llovido desde entonces! — teníamos en México un fervor casi frenético por las letras. Era la nuestra más que ocupación, más que inclinación: era vocación, consagración, devoción. Y no sólo en mi país, en muchos del Continente

parecía suceder lo mismo. La América española comenzaba a experimentar un ansia de producción que se asemejaba a una fiebre de crecimiento. La tendencia resultaba francamente revolucionaria, decididamente renovadora. Veinticinco años han pasado ya. Vivía Julián del Casal.

Una de esas tardes, mientras, de bruces sobre la mesa quintañona, pergeñaba yo el articulejo cotidiano, oí los pasos de mis compañeros que venían, no como era de costumbre, alborotando con sus gritos la casa, sino con pausado caminar. Se percibían el ruido lento de las pisadas en los peldaños de la escalera, y una voz única que hablaba rítmicamente. Levanté la cabeza. Entraron ellos. Manuel Gutiérrez Nájera, rodeado de tres o cuatro amigos, andaba y al mismo tiempo leía un volumen abierto delante de sus ojos. El «Duque Job» tenía un marcado vicio de pronunciación: tartamudeaba. Pero su acento, bien timbrado, la suave inflexión de sus entonaciones, poseían la secreta virtud de la emoción y la simpatía. Versos eran los que recitaba el poeta, versos fáciles y sedeños de una elegancia fina, de una sonoridad intensa y aristocrática como

de clavicardio antiguo; era un canto columbino de inefable y nueva ternura. La paloma decía:

Soy la promesa alada,
el juramento vivo;
soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo.

Oyendo aquella fábula armoniosa, en la que los vocablos mecidos por un ritmo apacible sonaban como flores de cristal que estuviese balanceando el céfiro; escuchando aquella silva primorosa hecha con arrullos de torcaz en celo, quedáronse mis veinte años embelesados, como Schariar con los cuentos de Scherezada.

Al concluir la lectura, en el gris verde de los ojos de Gutiérrez Nájera resplandecía el contento. De ahí en adelante no nos separamos hasta haber paladeado la última gota del vaso de poesía, al cual acercamos las bocas sedientas. No sentimos correr las horas. Nos despedimos a media noche. Mis pensamientos seguían batiendo jubilosamente las alas. Presentían el salto del sol en los pálidos carmines del Oriente. Un libro y un poeta me anuncia-

ban el día. El libro evocaba la visión del cielo: se llamaba *Azul.*

El poeta tenía un nombre que, como lo dijo don Juan Valera, sugería con su extraña mezcla judaica y pérsica nebulosas fantasmagorías históricas: se llamaba Rubén Darío.

* * *

Existencia azarosa, atormentada, desenfadada, inquieta, la de este gran cantor. Siempre me interesó y siempre la perseguí con minuciosas indagaciones. Los artistas Contreras, Guerra y Zárraga me narraban, anecdótica y fragmentariamente, la vida parisiense de Rubén Darío. El pintor Ramos Martínez me describía la excursión a las Canarias en busca de salud y reposo. Y Amado Nervo, que tiene corazón de santo y paciencia de benedictino, me ilustraba con suaves acuarelas la crónica deliciosa de su amistad con aquel intranquilo y luminoso espíritu.

Rubén Darío cruzó por el mundo como Pulgarillo por el bosque: persiguiendo, y seguro de darle

alcance, la remota lucecita del Ensueño. Este hombre, cuya vida interior fué tan intensa y tan perfecta, no supo orientar ni perfeccionar su vida exterior. Era un niño caprichoso, inexperto, y que, a fuerza de avivar sus internos resplandores, quedaba deslumbrado y sin distinguir con precisión la realidad. Porque él sabía ver, con mirada muy penetrante, la naturaleza y la belleza; él sabía encontrar el sonido invocado y profundo; él sabía reproducir la maravilla del color y dar a las voces la inmensidad de horizonte del símbolo y sacar las escondidas perlas del llanto de los mares del alma. Él mismo se reconoce sensible, sensitivo, sentimental. Lo que tal vez no vió ni encontró Rubén Darío fué el aspecto positivo de las relaciones entre la sociedad y el individuo. Era un poeta altísimo, y su talla espiritual le hacía mirar pequeñas y despreciables e inútiles las ataduras con que la sociedad nos amarra al mástil del deber. Por eso las rompió, y desde la orilla de la proa tendió las manos anhelantes a las sirenas que le cantaban. Era un inadaptado, un irregular. Su sentido moral, quizá torcido, pero superior, estaba más allá del bien y del mal.

Iba, con sus errores, tropezando e hiriéndose; pero llevaba en alto el brazo y empuñaba la antorcha de su genio, que le alumbraba y esclarecía las tinieblas lejanas. Se amurallaba en su ensimismamiento y, como un señor feudal, sólo tendía el puente levadizo para que lo visitaran los caballeros del ideal.

Así lo vi a través de las confidencias; así quiero verlo siempre, malherido y doliente, huraño y piadoso, raro y noble.

La veste de su musa era blanca como la de Beatriz; el fango de la senda la había manchado; pero tocada de la celestial radiación del Arte, fulgía como estrella cada salpicadura.

Así lo quiero ver, así lo veré en sus versos maravillosos, en sus prosas magníficas: una inmortal melancolía que mira de hito en hito el universo de las cosas bellas, y que de cuando en cuando vierte el aljófar de una lágrima para que no se marchite jamás la flor divina de la sonrisa.

* * *

Muy en breve debo escribir mis impresiones, diré mejor, las emociones de mis viajes fantásticos por la extensa comarca poética de este soberano de las letras. He paseado largamente por los jardines sonoros de las *Prosas profanas,* de los *Cantos de vida y esperanza,* del *Canto errante,* y he cortado una rosa de la Pompadour, he besado un lirio de la princesa triste y he recogido devotamente el botón de oro de la margarita deshojada, por una muchacha histérica, «en una noche alegre que nunca volverá».

El maestro de la moderna lírica castellana, el audaz capitán que se partió a explorar las tierras vírgenes del Arte, y que, a semejanza de los conquistadores de Heredia, contempló en cielos desconocidos nuevas constelaciones, necesita ser estudiado, analizado, glorificado en su obra, que tuvo el poder milagroso de renovar y ampliar por modo imperecedero el reino de la literatura española. La crítica de Rodó y la de González Blanco, siendo definitivas, podrían completarse con observaciones personales.

Entretanto preparo el cordial homenaje de mi

admiración, me complace que el brillante cortejo de las estrofas pulidas y extrañas recorra, llenándome de añoradas músicas, el laberinto de la memoria.

LUIS G. URBINA.

Habana, 1916.

RESPONSO PAGANO

Ante la huesa recién cerrada de Rubén Darío.

La prosa de la existencia inquieta ha devorado a un hombre que, por haber nacido bajo el pleno y amoroso patrocinio de Apolo, parecía destinado a alcanzar las cumbres de aquella noble, suave, risueña serenidad con que el poeta viejo contempla lo que deja tras de sí y saborea en vida los primeros juicios de la posteridad. Rubén Darío ha jugado con la vida como jugaba con la rima y el ritmo en sus caprichos malabarescos; y la vida — que empieza por tolerarnos todo y concluye por no perdonarnos nada — se ha vengado del que la atropellaba sin reparos, jinete en un corcel de luminosas crenchas y sonoro resoplar, que si no era el mismo Pe-

gaso, por palafrén digno de un rey de la poesía española le tuvimos en ambos hemisferios del planeta.

Las espinas han podido más que las rosas en las sienes de Rubén Darío, y los Caballeros de la Quimera se han quedado sin un egregio paladín. Es fama entre estos soñadores que al hacer el poeta, el artista, el sembrador de ideas, el evocador de imágenes, su entrada triunfal en los campos de perenne reposo que se extienden más allá de la laguna Estigia, le acompañan en fantástico cortejo las múltiples figuras y representaciones de cuanto amó, creó, cantó, inspiró e infundió también en los demás, durante su paso por la tierra.

Si esto es como lo tengo aprendido en mis desordenadas lecciones con los Caballeros de la Quimera, juro al Pindo que la entrada de Rubén en «el centro de las almas» dejará maravillados a todos los inmortales, por muy hechos que estén a ver séquitos raros y heterogéneas cabalgatas.

¡Lo que gozará con tal espectáculo Víctor Hugo, el amador y forjador de las grandes antítesis! Porque, ¿cómo dudarlo?, este semidiós del Parnaso

moderno será de los primeros en salir a dar la bienvenida a quien fué rendido devoto de su numen. Víctor Hugo le ofrecerá en copa de oro el néctar de los dioses; no sin que este sumo agasajo provoque un irónico mohín en la cara socrática de Pablo Verlaine y en el semblante alucinado de Edgardo Poe.

— ¡Si fuera ajenjo! — murmurará el autor de las *Fiestas galantes*.

— ¡Si fuera whisky! — susurrará el poeta de *El Cuervo*.

Andrés Bello ofrecerá a Rubén Darío el laurel clásico que regaron las aguas de Hipocrene. Don Alonso de Ercilla, la refulgente espada con que saludó, más que combatió, a los valerosos indios de Arauco. Sendas guirnaldas de flores tropicales le brindarán los dos Heredias: el que cantó en castellano la grandeza del Niágara y el que ensalzó en francés a los conquistadores. ¿Cómo enumerar a todos los ascendientes y hermanos del poeta? Al frente del tropel hispánico irá D. Luis de Góngora.

— Venid acá—dirá el cordobés al americano—; venid y dadme los brazos, hijo mío.

Y empezará el desfile del cortejo. ¡Singular, peregrino, tumultuoso y asombroso cortejo capitaneado por el Genio y la Incoherencia!

Junto a las flautas de oro de los efebos délficos, los clarines estridentes de Pizarro y las dolientes chirimías de Atahualpa; junto a los violines que acompañaron las gavotas de Versalles y Aranjuez, el palmoteo brutal de las «juergas» madrileñas y sevillanas; en pos de las nueve Musas, una caterva de mozas vocingleras, entre las cuales se verá a la Gananciosa y a la Cariharta del patio de Monipodio revueltas con la «Grille d'Egout» y la «Casque d'Or», haciendo cabriolas cancanescas. ¡Toda la lira de la Poesía y toda la zambomba de la bacanal!

El poeta vendrá asentado en el mismo carro de oro, tirado por tigres que el Genio domó, en que el divino Baco hizo su viaje triunfal a la India. Detrás del carro, las tres Gracias lanzando rosas y jazmines sobre el poeta. Y en pos de las tres Gracias, los siete Pecados Capitales con el acoso de sus voces roncas.

Princesitas tristes, princesitas rubias, princesitas

lejanas, deshojando las flores de la Ilusión y el Desengaño; caballeros velazqueños atusándose el bigote; penitentes y encapuchados entonando el *mea culpa* del arrepentimiento; Cyrano de Bergerac dando el brazo a Agustín de Rojas; tilingos de Buenos Aires leyendo a Rubén en *La Nación* y trasnochadores de Montmartre brindándole la «última» botella de Champaña; ruiseñores del Generalife, y tras de ellos las urracas de la crítica cicatera; cisnes arrogantes, los cisnes que adoró el poeta, y en pos de su cohorte majestuosa, otra de gansos, los gansos que remedan ridículamente a los cisnes del excelso cantor.

Así como en los triunfos de los Césares y caudillos romanos no faltaba el voceador de improperios, a fin de que los vítores y loores no desvaneciesen al triunfador, tampoco faltará en el glorioso cuanto abigarrado séquito de Rubén Darío la ralea servil de sus imitadores, de estos que no han sabido imitarle más que en sus licencias caprichosas, en sus escapatorias a la turba región de la extravagancia, sin acertar a iluminar la imitación simiesca con un solo rayo de aquel numen que hoy,

depurado por el Dolor y por la Muerte, entra en la definitiva y soberana esfera de la Gloria.

Tus hados, ¡oh Rubén!, han querido que dejases esta azarosa vida terrenal en el mismo año que conmemora secularmente la muerte de Cervantes y la de Shakespeare. Tus hados, ¡oh inolvidable amigo de toda mi amistad, oh poeta digno de haber logrado mayor y más serena fortuna en esta vida!, han dispuesto que entrases en la región de los tuyos como entraron los padres de Hamlet y de Falstaff, de Don Quijote y Sancho: con el tumultuoso cortejo, ya sublime, ya prosaico, que acompaña a todas las grandezas y todas las flaquezas de esta Humanidad que ha tenido en ti admirable y envidiada, divertida y dolorida representación.

Siendo muy hombre, te acercaste a los dioses. Ellos darán a tu sombra y a tu fama la paz inmarcesible que no lograron tu espíritu y tu cuerpo en sus turbulentas andanzas por este valle donde una vislumbre de gusto y risa se paga con un raudal de lágrimas y penas.

MARIANO DE CAVIA.

Madrid, 1916.

APRECIACIÓN

Un día, como alguien hiciera notar a Rubén Darío la maldad escondida entre algunas frases mías sobre un poema suyo, murmuró, según parece:

—Lo que me consuela es que él sabe mejor que nadie cuán injusto es eso.

Y, a fe de hombre honrado, mi gran amigo tenía razón. Porque si hay alguien en el mundo que admira su obra, que admira su esfuerzo y que admira su vida, soy yo. No tengo más que evocar las primeras sensaciones de mi vida literaria, para sentir, en el acto, todo lo que al autor de *Azul* le debe mi alma. Él mismo ha contado, en más de una ocasión, cómo nos conocimos. Fué allá, en nuestra Tierra Tropical, cuando el colegio acababa apenas de abrirme sus puertas odiosas. Él era ya célebre.

Cubierto de laureles, volvía de países más hospitalarios que el suyo propio, para dar a la juventud centroamericana la magnífica lección de su independencia y de su riqueza intelectual. Don Juan Valera lo había consagrado. América toda lo consideraba como el más joven, como el más grande de sus maestros. Y los adolescentes iban a él, llenos de entusiasmos, para ofrecerle sus primicias. «Entre los que primero llamaron a mi puerta—ha podido escribir—hallábase un chico de ojos soñadores y de labios sensuales.» El recibimiento que aquel chico tuvo, los cronistas lo conocen. Mas lo que el mismo Rubén ignora, es que antes de llamar a su puerta, la mano en apariencia firme había temblado, como la de Heine al levantar el aldabón de la casa de Goethe, como la de Gautier al tirar de la campanilla del cuarto de Hugo... ¡Ah!, ¡son cosas éstas que todos dejamos para las memorias o para los artículos necrológicos! Pero ya que una verdadera inmortalidad lo ha convertido en un ser excepcional, de esos que pueden saborear en vida los anticipos de la eternidad, nada me es tan grato como escribir, aprovechando su ausencia, en esta

página que él se ha reservado para sus íntimas devociones, las líneas que los escritores guardamos en general para los entierros.

¡Rubén Darío!... Yo no sé lo que tal nombre significa para los literatos que ahora comienzan a dar cuerpo a sus visiones, pero estoy seguro de que hace veinte años, cuando los adolescentes de mi generación oían esas sílabas sonoras y raras, que parecen haber sido creadas de intento para la celebridad, algo de profundamente grave agitaba nuestras almas. El único libro que entonces había publicado el gran poeta, era el legendario *Azul,* que no tiene ni la profundidad, ni la intensidad, ni la serenidad de obras suyas posteriores, y que, sin embargo, nos hacía ya entrever los maravillosos horizontes en los cuales, más tarde, ha abierto sus alas la musa castellana. Al lado del joven maestro, en aquel entonces, otros bellos poetas cantaban. En México hallábase, en plena fuerza de producción, Gutiérrez Nájera, y en Cuba agonizaba, como un dios condenado a todos los dolores, Julián del Casal. Luego, dispersas, oíanse en el vasto Continente las voces de José Martí, profesor de lirismo;

de Pérez Bonalde, descubridor de mundos raros; de Domingo Estrada, despertador de almas; de Francisco Gavidia, escrutador de arcanos. Ninguno de estos seres superiores ni de otros cuyos nombres olvido, ejercían, empero, en nuestros círculos el poder mágico del cantor de *Azul.* ¿Por qué?... Nadie, a la sazón, hubiera podido decirlo a punto fijo. Nadie sabía sino una cosa, y es, que en aquel tomito impreso en Chile y en el que veinte países veían un breviario, había una riqueza inagotable de imágenes, de ritmos y de novedades. Mas ahora, considerando mejor aún que la obra la personalidad del gran poeta, comprendemos que si su influencia era mayor que las demás, es porque su genio era el único que compendiaba todas las aspiraciones ideales de un universo ávido de independencia espiritual y de perfección artística. Lo que nuestra generación, cansada de la solemnidad clásica, había entrevisto en el relampagueo de cien genios incompletos, el nuevo apóstol nos lo ofrecía completo y compacto, en un haz luminoso.

Aquella magnífica lección salvadora era la que, confusamente oída e instintivamente comprendi-

da, nos hacía a todos nosotros vasallos del joven maestro.

Y cuando digo todos nosotros, no empleo una fórmula vaga. Aun los que menos parecen deberle, le deben, entre los hombres de mi generación, gran parte del tesoro que poseen. Así, por ejemplo... ¡Pero es tan penoso hablar de sí mismo!... Rubén Darío ha contado cómo, habiéndome encontrado en camino de Madrid, pudo hacerme torcer el rumbo hacia París. «Yo le di su patria ideal», dice. En realidad, algo más me dió, algo que, ingratamente, he olvidado más de una vez, y que es el fondo mismo de mi alma. A él le debo, en efecto, la primera lección fecunda de belleza. Él me enseñó a comprender que hay en el saber escribir algo que es más que saber, y algo que es más que escribir. Al salir de los libros clásicos, al escaparme de la retórica, *Azul* fué el evangelio que me hizo sentir que, por encima de todo, el Arte es una religión.

E. Gómez Carrillo.

SOL DEL DOMINGO

Sol del domingo.

Sol del domingo... Rásgase como un largo velo de tiempo y he aquí que se oye un cántico de campanarios: sois vosotras, campanas de Pascua Florida, campanas de la niñez.

Pues es día de misa, y la madre es tempranera, y la abuela, desde el clarín del gallo está en pie, con su vestido obscuro de la iglesia. El sueño matinal es tan grato, que el niño no quiere dejar las sábanas, en donde la cabeza sobre el brazo y el muslo en flexión, se anda volando por el otro lado de las cosas. Pero las flores de olor están ya en los floreros y el café humeante. El cura estará en la sa-

cristía poniéndose la casulla. Y el niño se viste con su ropa limpia y oliente, y a poco va en la buena compañía a la visita de Dios, a punto en que las campanas alegres, las campanas de Pascua Florida, dicen la última estrofa de la llamada.

Sol del domingo... Y a la orilla del río, con los compañeros, dar un chapuzón, desnudos como anguilas todos, alborotar el agua, y en el intervalo morder la naranja de oro o la uva de miel junto a los árboles. ¿De qué se conversa? Se sigue el asunto que en ramas cercanas discuten los pájaros; cosas de política del aire, de la ciencia de las cometas o de las artes de los trompos; murmuración contra la tía solterona y el maestro calvo; y el puñetazo que tal dió dejando cardenal en el pómulo; o la escopeta de papá y el caballo que vino de la estancia; o la caja de música que trajeron de París regalada por el padrino; o la pelota de la cancha, o las piernas de Juanita. Y luego lapidarse han los ramajes; sílbase y grítase; se ensaya la voltereta o se ejercitan los brazos en mutuos mojicones; o se corre por largas extensiones, hasta llegar a la casa, cansado el pecho, roja la color, a recibir la reprimenda.

. . . . . .

Sol del domingo, sé bueno siempre para los niños, para los viejos. Eres el que hace reír las casas y los árboles como con un brillo inusitado; el que saca a los huérfanos de sus habitáculos, en largas filas, a ver la ciudad, a respirar la salud de los jardines y los campos. Sé suave y de oro puro para ellos; y para las viudas tristes y para los niños pobres. Sé propicio para los solitarios que piensan, a orillas de los lagos, junto a los cisnes, en cosas melancólicas. Tú eres el hermoso sol, el sol del día del Señor. Tú estás guardado en el gran joyero que el Príncipe de las cosas tiene en su empíreo, y no sales sino una vez a la semana, cuando ella nace, a vivir su existencia de seis días, y para que salgas a lucir en el puro azul, el Padre sagrado te confía al orfebre más entendido de su reino de arriba; ése te limpia, te pule, te bruñe como a un escudo de oro, y te lanza al espacio a que resplandezcas, sol del domingo..., sol del domingo...

La gran Cosmópolis.

(Meditaciones de la madrugada.)

¡Casas de cincuenta pisos,
Servidumbre de color,
Millones de circuncisos,
Máquinas, diarios, avisos
Y dolor, dolor, dolor!...

¡Estos son los hombres fuentes
Que vierten áureas corrientes
Y multiplican simientes
Por su ciclópeo fragor,
Y tras la Quinta Avenida
La Miseria está vestida
Con dolor, dolor, dolor!...

¡Sé que hay placer y que hay gloria
Allí, en el Waldorff Astoria,
En donde dan su victoria
La riqueza y el amor;
Pero en la orilla del río
Sé quiénes mueren de frío,
Y lo que es triste, Dios mío,
De dolor, dolor, dolor!...

Pues aunque dan millonarios
Sus talentos y denarios,
Son muchos más los calvarios
Donde hay que llevar la flor
De la Caridad divina
Que hacia el pobre a Dios inclina
Y da amor, amor y amor.

Irá la suprema villa
Como ingente maravilla
Donde todo suena y brilla

En un ambiente opresor,
Con sus conquistas de acero,
Con sus luchas de dinero,
Sin saber que allí está entero
Todo el germen del dolor.

Todos esos millonarios
Viven en mármoles parios
Con residuos de Calvarios,
Y es roja, roja su flor.
No es la rosa que el sol lleva
Ni la azucena que nieva,
Sino el clavel que se abreva
En la sangre del dolor.

Allí pasa el chino, el ruso,
El kalmulko y el boruso;
Y toda obra y todo uso
A la tierra nueva es fiel,
Pues se ajusta y se acomoda
Toda fe y manera toda,

A lo que ase, lima y poda
El sin par tío Samuel.

Alto es él, mirada fiera,
Su chaleco es su bandera
Como lo es sombrero y frac;
Si no es hombre de conquistas
Todo el mundo tiene vistas
Las estrellas y las listas
Que bien sábese están listas
En reposo o en vivac.

Aquí el amontonamiento
Mató amor y sentimiento;
Mas en todo existe Dios
Y yo he visto mil cariños
Acercarse hacia los niños
Del trineo y los armiños
Del anciano Santa Claus.

Porque el yanqui ama sus hierros,
Sus caballos y sus perros,

Y su yacht y su foot-ball;
Pero adora la alegría,
Con la fuerza, la armonía:
Un muchacho que se ría
Y una niña como un sol.

Dama.

A una chilena.

Como son cosas de niño
Y de visión y de ilusión
Recordar el parque Cousiño
Como una divina visión,

Recordar las frondas espesas,
La opulencia de los carruajes,
Y aquellas damas con sus trajes,
Que eran a mí todas marquesas.

***

Y no haberte visto, señora,
Encarnación de poesía,
Saludarte en nombre del día
Y besarte en nombre de aurora.

Brindarte por el sol y el agua
Y por el granizo y el trueno,
Una chispa de sol chileno
En un verso de Nicaragua.

*
* *

Tú eres la luz y eres el templo
Cuando con tu manto chileno
Sabes hacer al hijo bueno
Y brindas belleza y ejemplo.

Perla pura entre perlas buenas,
Dulce belleza hecha de bien,
Tu beldad nos viene de Atenas,
Tu bondad de Jerusalén.

En ti veo paloma y honda,
Todo misterio y poesía,
La sonrisa de la Yoconda
Hecha por la Virgen María.

Si hay alguien que te llama bella
Buscando el adularte, dile:
— ¡Yo soy la más hermosa estrella
Sobre la bandera de Chile!

La Caridad.

¡Dad al pobre, dad al pobre
Paz, consuelo, alivio, pan!
¡Que recobre
La esperanza y la alegría
Con la ayuda que le dan!

A las manos bondadosas
Desde el cielo Dios envía
El perfume de las rosas
De la eterna Alejandría.

Dad limosna al que se agita
Por cruel miseria opreso;

A la triste cieguecita,
Dadle un beso!

Damas bellas y adorables
Que vivís entre esplendores:
A las niñas miserables
Dadles pan y dadles flores!

Bondadosas y discretas,
Dad un beso al pobre niño.
¡Dios bendiga,
Dios bendiga las violetas
Que se arrancan del corpiño
Para darse a la mendiga!

Si a los tristes dais consuelo,
Sensitivos corazones,
¡Tendréis alas en el cielo
Y en la tierra bendiciones!

A Lucía.

Por Ubago.

Norte puro y belleza nórdicamente pura,
Sabiendo la beldad de tu egregia escultura
Y de la maravilla que en tus ojos se fragua,
Déjame saludarte, hija de Nicaragua.

Yo quería que fuera en francés mi saludo;
Pero yo ante tus vates me reconcentro mudo.
Yo sé hablar en la lengua de mi voz familiar,
La que es pan, agua, sal y llama del hogar.

¿Sabes tú el corazón que te busca y prefiere?
En nuestra tierra, el beso, cuando se inicia, hiere.
No sería pedirte una cosa quimérica
Juntar tu amor de Francia a nuestro amor de Amé-
[rica.

Tenemos frases, besos y misterios y halagos,
Que dicen nuestras dudas y palabras y afanes;
Mas que tienen el alma de nuestros dulces lagos
Y el verso hecho de llamas que dan nuestros vol-
[canes.

Sí, gentil, digna niña de Francia:
Para el hombre que viene allá del mar...,
Cualquiera rosa lleva su fragancia
En donde tenga que aromar y amar.

A Francisca.

Ajena al dolo y al sentir artero,
Llena de la ilusión que da la fe,
Lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...

En mi pensar de duelo y de martirio,
Casi inconsciente me pusiste miel,
Multiplicaste pétalos de lirio
Y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste
Y elevarte al amor sin comprender;
Enciendes luz en las horas del triste,
Pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido
Para regar el árbol de mi fe;
Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame...

Para Mariano de Cavia.

Maestro: te mando mi alma,
Te mando mi rosa, te mando mi amor.
Con un cóndor vivo te mando mi palma,
Con una paloma te mando mi flor.

Por tu nacimiento me floreció un verso
Lleno de dulzura, y era tan profundo,
Que ya contenía todo el universo
Con que dominaras la lira del mundo.

Comprende que nunca cambiara mi alma
Por lo que en ti hubiera de ritmo y razón;
Laurel que me cubra, no vale tu pàlma,
Y es poco tu afecto por mi corazón.

Eva.

Si eres tan bella y pura y misteriosa, pasa;
No seas ni el rubí, ni la rosa o la brasa,
Porque en tus tentaciones maravillosas, puedes
Cortarme en tus miradas, o meterme en tus redes.

Yo no sé qué hay en ti de la noche estrellada,
Y ni sé qué hay en ti de la mujer amada.

Soneto.

Pasa que la idea azul do van las bandolinas
Sé que pensar y hacer y bregar y soñar,
Y salpicando con las espumas del mar
De tempestades infernales y divinas.

De mi triste corona, ¿cuántas son las espinas?
Pues una a una apenas me las puedo arrancar.
Recuerdas mis confianzas, pues las ruges, ¡oh mar!
¡Y recuerdas mis penas, ruiseñor, pues las trinas!

Voz de fuerza o dulzura en la gloria del día,
Bajo los vastos cielos, sobre los oceanos,
Inclinemos la frente ante la Poesía.

Dejemos de palabras y gestos vanos,
Y puesto que el instante es bueno todavía,
Levantemos los ojos y juntemos las manos.

Bella cubana.

Cuando contemplas, cuando sonríes,
Tú no haces nunca que obras preciosas,
Cuando sonríes, los colibríes,
Cuando contemplas, las mariposas.

¿Por qué fecundas y por qué brillas,
Siendo la pálida, la misteriosa,
Y siendo el lirio, siendo la rosa
Y siendo reina de las Antillas?

A una mujer.

Jamás he visto quien se entrega
Maravillosa y sobrehumana,
Siendo la maravilla griega
Y siendo la virgen cristiana.

Llenas de penas y de engaños,
Y de amarguras y dolores,
Quisiera mandarte unas flores
Que contuvieran mis veinte años.

Veinte años magníficos, puros,
Quizás vagos, quizás perversos,

Pero que irían con mis versos
Llenos de mis ojos obscuros.

La vida pasa, pisa y vuela,
Haciendo la vida en concreto,
Dando los ojos de la abuela
Para la sonrisa del nieto.

Sonora, pura, bella, inmensa,
Permite al que siente y piensa
Magnificarte y ofrendarte,
En nombre del verso y del Arte,

Y pues eres una mujer
Que hay que admirar y que querer,
Que hay que admirar y que amar,
Que hay que buscar y que escoger,
Que hay que sentir y que estimar,
Que hay que vivir y que adorar,
Que hay que dormir y que besar,
Que hay que sufrir y contemplar.

Soneto.

¡Oh Dios! Jamás yo pienso
En este vivir asesino,
Hecho con la mujer y el vino
Y con este Dios tan inmenso.

Este camino tan extenso,
Que ni siquiera lo adivino;
Esta viña aquí, y este pino
En la montaña en que yo pienso,

Y esta montaña de cristal,
Y esa reina del corazón,
Y esa princesa del coral,

Y esa novia de la ilusión,
Si son del bien o son del mal...
Y después de todo..., ¡si son!...

Amor.

El amor está en las rosas,
Las rosas son el amor,
Cupido anda entre las cosas
Y hace de ellas una flor.

A veces despierta un nido,
Y a veces se va a vagar,
Y anda en el viento, en el ruido,
En el bosque y en el mar.

Hace despertar los truenos
Y hace rugir los leones,
Y forma jardines buenos
Dentro de los corazones.

Es la voz, la voz errante,
Que no encuentra su vocablo,
Y expresa al ángel flotante,
O expresa al prófugo diablo.

Se extenúa, se propaga,
Se multiplica, se vierte,
Y es profunda, triste, vaga,
Toda vida o toda muerte.

Anda errante un silfo extraño
Que llena mi alma invasora
Con las perlas de la hora
Y los diamantes del año.

Yo al silfo le he visto. Y es
Todo perlas y brillantes.
Las perlas se llaman: antes,
Y los brillantes: después.

A Rubencito.

Puesto que crees en Dios, hijo mío, retiene
Lo que hay en la profunda voluntad de infinito,
Que el dolor o el amor nos explica en el grito,
Que en el suspiro espera o que en el llanto viene.

No aguardes que el inmenso clarín de oro truene;
A las nupcias del cielo con mis versos te invito,
No oigas a la faunesa que te lanza su grito,
Ni al fauno extraordinario que su siringa suene.

Pero marcha, hijo mío, con tu flauta y tu lira
Adonde Dios te llame y tu flauta te lleve,
Lo que el Amor te dé y la Vida te inspira.

Haz tus versos de noche, haz tus versos de nieve;
Tú tienes el poder de la lengua y la lira
Con el dáctilo dúctil y con la danza leve...

Babyhood.

A Julia Beatriz Berisso.

Concreción de un jardín de amores,
Con tu faz de querubín serio,
Cual si supieras el misterio
De la humana flor de las flores;

Pronto estarás en la estación
En que tu intuición adivine
A Dios, cuando el pájaro trine,
O palpite tu corazón.

Adivinando a Dios, o al dios
Que en tu mente y en tus sentidos,

Por el dulce enigma de dos,
Te dé el secreto de los nidos.

Seas emperatriz futura
Y un corazón sea tu imperio,
Por la beldad de tu ternura
Y el cetro de tu cautiverio.

Y versos dulces sean dichos
En donde trisquen halagüeños
Los cervatillos de tus sueños
Con las corzas de tus caprichos.

Y huelle tu talón de rosa
La arena de oro perfumado
Por los ungüentos de la Esposa
En los jardines del Amado.

El padre nuestro de Pan.

Padre nuestro, padre ambiguo
De los milagros eternos
Que admiramos los modernos
Por tu gran prestigio antiguo.

La ninfa junto a la fuente pasa
Y tiene en su blancura
Lo que inspira, lo que dura,
Lo que aroma y lo que abrasa.

Pues al ver la viva flor
O la estatua que se mueve,

Hecha de rosa y de nieve,
Nos toma el alma el amor.

Pan nuestro que estás en la tierra,
Porque el universo se asombre,
Glorificado sea tu nombre
Por todo lo que en él se encierra.

Vuélvanos tu reino de fiesta
En que tú aparezcas y cantes.
Con los tropeles de bacantes
Mancillando la floresta.

Hunde siempre violento y vivo
Y por tus ímpetus agrestes,
En el cielo cuernos celestes
Y en la tierra patas de chivo.

Danos ritmo, medida y pauta
Al amor de tu melodía,

Y que haya al amor de tu flauta
Amor nuestro de cada día.

Deudas que el alma amando trunca
Están en tu disposición,
Y no le concedas perdón
A aquel que no haya amado nunca.

Mater Pulchra.

Al general J. Santos Zelaya
en la muerte de su madre.

Es Grecia, es Roma. Clámides
Y togas. Es el tiempo maravilloso. Es
El Partenón, el templo de Apolo, las Pirámides,
Las glorias hechas ruinas que volverán después.

Es el águila enorme que levanta su vuelo
Bañada en la luz sacra de vasta poesía.
Y con todo, la herida de su materno duelo
Hace exclamar a César inundado de cielo:
—¡Oh madre! ¡Oh madre! ¡Oh madre! ¡Oh dulce ma-
[dre mía!

Cantares andaluces.

Mi nombre miré en la arena
Y no lo quise borrar,
Para dejarles mis penas
A las espumas del mar.

¿De dónde vienes, mi vida?
Vida mía, ¿adónde vas?
Ven a curarme esta herida,
Que no se cierra jamás.

Para qué tanto pensar,
Si en esta cosa tan pura
Saboreamos la amargura,
La amargura de la mar.

Filomela está dormida,
¿Qué te dijo su canción?
Canta sólo en esta vida
Una vez el corazón.

Vida mía, vida mía,
Qué divina está la mar.
¿Cómo no supe aquel día
Que me habías de olvidar?

Está ardiendo mi incensario,
Es una copa de Ofir.
«Navegar es necesario»
Y es necesario vivir.

Me dan los vientos su aliento
Y sopla mi voluntad.
Séle tú propicio, ¡oh viento!,
A la barca de Simbad.

Los olivos.

A J. S.

I

Los olivos que tu Pilar pintó, son ciertos.
Son paganos, cristianos y modernos olivos,
Que guardan los secretos deseos de los muertos
Con gestos, voluntades y ademanes de vivos.

Se han juntado a la tierra, porque es carne de tierra
Su carne; y tienen brazos y tienen vientre y boca
Que lucha por decir el enigma que encierra
Su ademán vegetal o su querer de roca.

En los Getsemaníes que en la isla de oro
Fingen en torturada pasividad eterna

Se ve una muchedumbre que haya escuchado un
[coro
O que acaba de hallar l'agua de una cisterna.

Ni Gustavo Doré miró estas maravillas,
Ni se puede pintar como Aurora Dupin
Con incomodidad, con prosa y con rencillas
Lo que bien comprendía el divino Chopin...

Los olivos que están aquí son los olivos
Que desde las pristinas estaciones están
Y que vieron danzar los Faunos y los chivos
Que seguían el movimiento que dió Pan.

Los olivos que están aquí, los ejercicios
Vieron de los que daban la muerte con las piedras,
Y miraron pasar los cortejos fenicios
Como nupcias romanas coronadas de hiedras.

Mas sobre toda aquesa usual arqueología
Vosotros, cuyo tronco y cuya ramas son

Hechos de la sonora y divina armonía
Que puso en vuestro torno Publio Ovidio Nassón.

No hay religión o las hay todas por vosotros.
Las Américas rojas y las Asias distantes
Llevan sus dioses en los tropeles de potros
O las rituales caminatas de elefantes,

Que buscando lo angosto de la eterna Esperanza,
Nos ofrece el naciente de una inmediata aurora,
Con lo que todo quiere y lo que nada alcanza,
Que es la fe y la esperanza y lo que nada implora.

Despedida.

Para María Guerrero, que los declamó en el Teatro Odeón, de Buenos Aires, la noche del 5 de julio de 1897.

Al partir, justo es que os diga
Cómo a mí no ha sido extraña
Tierra en que renace España,
Por hidalga y por amiga.

Frescos, fragantes y finos,
Nutridos de savia ardiente,
Hoy acarician mi frente
Los laureles argentinos.

Vuestros corazones son
Armoniosos y vibrantes
Por la sangre de Cervantes,
De Moreto y Calderón.

Y fuera en vosotros mengua
Que desdeñarais un día
Con vuestra propia hidalguía
Vuestra raza y vuestra lengua.

Mas no; lleno de frescor
Libre bajo el cielo brilla
El árbol cuya semilla
Plantara el Conquistador.

Vine, sí, si vencí yo
La victoria conseguís:
Estaré en otro país
Pero en otra patria ¡no!

Aquí la musa divina
De Calderón halló rosas;
Y tuvo palmas fastuosas
La de Tirso de Molina.

La *Niña Boba* en Castilla
Más afamada no fué,
Ni la desventura de
Doña *Estrella de Sevilla.*

Vuestro afecto se aquilata,
Y nuestro mental tesoro
Se ufana en bajel de oro
Sobre el Río de la Plata.

Sabéis honrar las brillantes
Máscaras, que mi alma adora,
Y a Talía vencedora
Coronada de diamantes.

Que sois gentiles, es fama;
Mas vuestro afecto conquista
A la dama y a la artista
Como artista y como dama.

La noble sangre latina
Y la lengua castellana
Juntan con el alma hispana
La joven alma argentina.

Y, dichosa mensajera,
Yo voy a decir a España
Que en nuestra cordial campaña
Flota una misma bandera.

Mantengamos ese fuego
Que caliente ambas naciones...
¡Y, hasta luego, corazones
Argentinos; hasta luego!

Caminos.

I

¿Qué vereda se indica,
Cuál es la vía santa,
Cuando Jesús predica
O cuando Nietzsche canta?

II

¿La vía de querer,
O la vía de obrar?
¿La vía de poder,
O la vía de amar?

III

Embriagarse en el opio
Que las tristezas calma.
Ser el mártir de su alma
O ser el héroe propio.

IV

Martirizar la vida
Con perjuicio del juicio,
Y hacerla decidida
Para ir al sacrificio.

V

Tener la voluntad
Hecha de acero y oro;
Tener la honestidad
Como íntimo tesoro.

VI

O bien ser el tirano
Que surge de repente,
Con la idea en la mente
O la espada en la mano.

VII

En la tierra o el mar,
Ser el conquistador
Que lleva su esplendor
A matar y a aplastar.

VIII

Pues nuestro hombre de barro
Es en todo país:
O Francisco Pizarro
O Francisco de Asís.

IX

Juntas almas fervientes,
Han tenido igual vuelo:
Conquistar continentes
O conquistar el cielo.

X

Santidad y heroísmo
Tienen el propio vuelo
Con el genio que vuela entre los dos:
Los Santos y los Héroes
Tienen el propio cielo,
Y todos ellos buscan la dirección de Dios.

Peregrinaciones.

I

En un momento crepuscular
Pensé cantar una canción
En que toda la esencia mía
Se exprimiría por mi voz:
Predicaciones de San Pablo
O lamentaciones de Job,
De versículos evangélicos
O preceptos de Salomón.
¡Oh, Dios!

¿Hacia qué vaga Compostela
Iba yo en peregrinación?
Con Valle-Inclán o con San Roque,

¿Adónde íbamos, Señor?
El perrillo que nos seguía,
¿No sería, acaso, un león?
Íbamos siguiendo una vasta
Muchedumbre de todos los
Puntos del mundo, que llegaba
A la gran peregrinación.
Era una noche negra, negra,
Porque se había muerto el Sol:
Nos entendíamos con gestos
Porque había muerto la voz.
Reinaba en todo una espantosa
Y profunda desolación.
¡Oh, Dios!

¿Y adónde íbamos aquellos
De aquella larga procesión;
Donde no se hablaba ni oía,
Ni se sentía la impresión
De estar en la vida carnal
Y sí en el reinado del ¡ay!
Y en la perpetuidad del ¡oh!?
¡Oh, Dios!

II

Las torres de la catedral
Aparecieron. Las divinas
Horas de la mañana pura,
Las sedas de la madrugada
Saludaron nuestra llegada
Con campanas y golondrinas.
¡Oh, Dios!

Y jamás habíamos visto
Envuelto en oro y albor
Emperador de aire y de mar,
Que aquel Señor Jesucristo
Sobre la custodia del Sol,
¡Oh, Dios!
Para tu querer y tu amar.

Visión fué de los peregrinos,
Mas brotaron todas las flores
En roca dura y campo magro;

Y por los prodigios divinos,
Tuvimos pájaros cantores
Cantando el verso del milagro.
Por la calle de los difuntos
Vi a Nietzsche y Heine en sangre tintos;
Parecían que estaban juntos
E iban por caminos distintos.
La ruta tenía su fin,
Y dividimos un pan duro
En el rincón de un quicio oscuro
Con el marqués de Bradomín.

Nemrod está contento.

Y el Sacro Santo Espíritu
Paloma se tornó.
Nemrod está contento...
¡Qué diablo de Nemrod!

El tigre ruge: — ¡Vivo!
¡Siento! — brama el león,
Y la paloma arrulla:
— Arrullo, siento y soy!

La flecha va en el bosque;
Se hace el bosque feroz,
Nemrod está contento...
¡Qué diablo de Nemrod!

Apolo es el arquero,
Hércules, vencedor;
Ichora, sacrifica;
Vitrifuli y Moloch.

Redimidos carnívoros
Con civilización,
Imitamos alegres
El ejemplo del sol.
Nemrod está contento...
¡Qué diablo de Nemrod!

El buey y el asno saben
Un secreto los dos:
¡El cristo de las bestias
Ha sido el Mal Ladrón!

La sangre de las bestias
Es roja bajo el sol;
La esencia de sus vidas
Cual las del hombre son;
El ojo del buey tiene
Inaudito esplendor.
Nemrod está contento...
¡Qué diablo de Nemrod!

La lengua de las aves
Sabía Salomón,
Mahoma de su yegua
Hizo consagración.
Nemrod está contento...
¡Qué diablo de Nemrod!

A un poeta.

Te recomiendo a ti, mi poeta y amigo,
Que comprendas mañana mi profundo cariño,
Y que escuches mi voz en la voz de mi niño,
Y que aceptes la hostia en la virtud del trigo.

Sabe que cuando muera yo te escucho y te sigo;
Que si haces bien, te aplaudo; que si haces mal, te
Si soy lira, te canto; si cíngulo, te ciño; [riño;
Si en tu cerebro, seso, y si en tu vientre, ombligo.

Y comprende que en el don de la pura vida
Que no se puede dar manca ni dividida
Para los que creemos que hay algo supremo,

Yo me pongo a esperar a la esperanza ida,
Y conduzco entretanto la barca de mi vida;
Caronte es el piloto, mas yo dirijo el remo.

Sueños.

A Miguel Moya.

El pinar está a mi lado.
¡Oh, dulzura del pinar!
El pinar está a mi lado,
¡Cuántas cosas me ha contado
Que no puedo revelar!

¡Oh pinar suave y sombrío
Que produces dulce son!
Son de espumas, son de río;

Son amable al sueño mío;
Son de sueño y corazón.

He soñado historia y brillo,
Armas, glorias y poder;
Fuí señor de horca y cuchillo
Al amparo del castillo,
Del castillo de Bellver.

Y las hojas de los pinos
Daban sombra a mi soñar;
Pinos llenos de los trinos
De los pájaros divinos
Que encantaban el pinar.

Luz antigua. Velas rojas.
Velas blancas. Bruma. Sol.
¿Qué murmuran estas hojas
Del pinar en español?

Van marcando los destinos
Siempre siglo, norma o fin:
Tú recibe de los pinos
Bon de turpi, en mallorquín.

Epitalamio.

Brilla en tu alma una estrella nórdicamente pura,
Y en la blanca beldad de tu egregia escultura,
Una maravillosa virtud de amor se fragua
Que ha encendido una chispa del sol de Nicaragua.

Que bendecida sea la parisiense hermosa
Que hechizara allí lejos, como una rubia hada
Al picaflor de fuego y a la garza de rosa,
Con el místico azul de su tierna mirada!

Entre vivas fragancias tendrás a Pan sumiso;
Por ti será más bello el lago de cristal,
La aurora de mi tierra ave del Paraíso,
Y el poniente del trópico un gran pavo real.

A Francisca.

I

Francisca, tú has venido
En la hora segura;
La mañana es obscura
Y está caliente el nido.

Tú tienes el sentido
De la palabra pura,
Y tu alma te asegura
El amante marido.

Un marido y amante
Que, terrible y constante,
Será contigo dos.
Y que fuera contigo,
Como amante y amigo,
Al infierno o a Dios.

II

Francisca, es la alborada,
Y la aurora es azul;
El amor es inmenso
Y eres pequeña tú.

Mas en tu pobre urna
Cabe la eterna luz,
Que es de tu alma y la mía
Un diamante común.

III

Franca, cristalina,
Alma sororal,
Entre la neblina
De mi dolor y de mi mal!
Alma pura,
Alma franca,
Alma obscura
Y tan blanca...

Sé conmigo
Un amigo,
Sé lo que debes ser,
Lo que Dios te propuso:
La ternura y el huso,
Con el grano de trigo
Y la copa de vino,
Y el arrullo sincero
Y el trino,

A la hora y a tiempo.
¡A la hora del alba y de la tarde,
Del despertar y del soñar y el beso!

Alma sororal y obscura
Con tus cantos de España,
Que te juntas a mi vida
Rara,
Y a mi soñar difuso
Y a mi soberbia lira,
Con tu rueca y tu huso,
Ante mi bella mentira,
Ante Verlaine y Hugo,
Tú que vienes
De campos remotos y ocultos!

IV

La fuente dice: «Yo le he visto soñar.»
El árbol dice: «Yo le he visto pensar.»
Y aquel ruiseñor de los mil años
Repite lo del cuervo: «¡Jamás!»

V

Francisca, sé suave.
Es tu dulce deber.
Sé para mí un ave
Que fuera una mujer.

Francisca, sé una flor
Y mi vida perfuma,
Hecha toda de amor
Y de dolor y espuma.

Francisca, sé un ungüento
Como mi pensamiento;
Francisca, sé una flor
Cual mi sutil amor;

Francisca, sé mujer,
como se debe ser...

Saber amar y sentir
Y admirar como rezar...
Y la ciencia del vivir
Y la virtud de esperar.

Fragmento.

No ha habido más bella torre
Que la que era de oro, que la pura de plata,
Que la que era de bronce,
Cuando España tenía
Todas las torres.

¡Levantaos, antiguas armaduras!
¡Moveos, bronces!
¡Sed algo, rocinantes!
¡Morded, gozques!

Sobre la parrilla
Del gran Escorial asad al toro
Del Zodíaco, y dad al mundo
Un bello simulacro.

Sed crueles, osados y grandes,
Sed los de Cortés y de Pizarro
Y aprovechad las ubres de las vacas
Que dejasteis más allá del Oceano,
Y que os pueden dar leche
Por la sangre de antaño!

Al recibir una carta de Buenos Aires.

Has apurado, Rubén,
La célica medicina;
Esperanza, amor y bien
Son una poción divina,
Peregrina,

Superior a toda ciencia
Que te puedan dar los sabios:
Ella ha vertido en tus labios
El elixir de Juvencia.

Lo que fué ya está borrado,
Y el porvenir que obscuro era
Es presente iluminado
Por alba de primavera
Verdadera.

Brille tu genio fecundo,
Oriente sus ricas galas;
Alondra, tiende tus alas
Sobre la aurora del mundo.

L. H. D.

Nunca ha existido doctor
Crisostómico parlante
Que aplicara semejante
Medicina del amor.

Y por
Virtud tan linda y leal
De tal ciencia peregrina,
Diamantina
La alondra alzará su vuèlo,
Pues le señalas abiertas
Tú las puertas
De la esperanza y del cielo.

¡Ay!, hermano,
Soberano
Que te vas por todas partes
De las ciencias y las artes,
El corazón en la mano!
Que en los dos
Se cristalice un poema
Hecho de aurora suprema
Y de voluntad de Dios!

A la República dominicana.

I

Olor a nardos y olor a rosa,
Lo que adivino, lo que distingo,
El sol, los pájaros, la mariposa,
Santo Domingo, Santo Domingo.

Yo te adivino, yo te distingo
Lo que algún día me puedas ser;
Santo Domingo, Santo Domingo,
Que yo algún día te pueda ver.

Dios permitiera que yo algún día
Llegara a costas que bellas son,
Por sus historias, su melodía,
Sus entusiasmos y su Colón.

*
* *

¡Oh República dominicana!
Tú que debieras estar,
Como una Virgen en su altar,
En toda patria americana;

Tú, que eres la sublime hermana
Que nos dió nuestro despertar,
Mereces la voz soberana:
¡Toda la tierra y todo el mar!

II

Brillantes, oro y rubíes,
República Dominicana,
Sé cómo orgullosa y ufana
te muestras bella y sonríes.

Tienes para tus hombres fieros,
Para tus mujeres huríes,
Las palmas de los cocoteros,
Las alas de los colibríes.

Santo Domingo, vió una vela
Allá, en la Academia, Platón,
Y eso anunció la carabela
Que llevó a tu tierra a Colón.

A mi hijo Rubén Darío Sánchez.

Vive, vibra, fuerte y suave,
Todo conciencia y corazón;
Te aconsejo ser un león,
Pero con tus alas de ave.

De tal modo que sin reproche
Y lleno de tu poesía,
Tengas tu estrella blanca al día
Y constelaciones de noche.

Y que por mente y corazón,
Encuentres al amanecer
La estrella de Lucifer,
Otra estrella del corazón.

Y que pues la suerte convida
A vivir, tengas por vivir
La voluntad de existir
Con la belleza de la vida.

Y pues que tienes una estrella
Que te ha encontrado la virtud
De perpetuar tu juventud,
Toda grande y toda bella,

Y sabes quererte y conservarte,
Ten fragancia y ten conciencia,
Y oye el secreto de la ciencia
Que tiene la virtud del Arte...

Para mi hijito Rubén Darío Sánchez.

Puesto que tú me dices que eres mi hijo, ¡hijo mío!,
Y tienes fe en mis lirios y confianza en mis rosas,
Voy a confiarte ideas, voy a decirte cosas,
Y amarás grandemente a tu Rubén Darío.

Tú comprendes mis versos e interpretas mis pro-
Y las aguas que corren en mi profundo río, [sas,
Y, así, cuando te hable de las Musas hermosas
Séme profundamente y eternamente mío.

Algo de la ilusión, algo del pensamiento,
Algo del corazón, algo del sentimiento,
De las cosas que son, de las cosas que siento,

Lo que he visto en la tierra, lo que oí en el mar,
Lo que puedo ofrecer, lo que brinde mi aliento
Y lo que en mi palabra te pueda yo ofrendar.

Vargas Vila en su librería.

En su maravillosa vida trabaja quieto.
El reloj da su hora en su tranquilidad.
Pasa un soplo de biblioteca. Ya es Bagdad
O Inspruck, o bien algo que habla de Paracleto.

No sé si a veces su verbo ágil al conceto
En su enérgica forma pasa la Humanidad
En un exceso de pasión o de verdad.
Yo sé que le conozco, le mido y le interpreto.

Desconfía de los que se apropincuan al daño
De ese querer usual que cariños no finge,
Pues siendo bachiller le doctoró el engaño.

Así su amor no corta ni su afecto restringe
Sino cuando tritura muy cuerdamente, al paño
La ración de miserias con que ayuda a la esfinge.

Sueño de misterio.

Raras mayólicas, misteriosas porcelanas, tapizan un fondo de fotografía. Todo eso en un ambiente inverosímil. Un pavo real blanco, pasa.

En mi estancia se presenta de pronto un chambelán muy galoneado, que me dice: «El general Grant viene a almorzar con usted.» Yo no me asombro; le recibo y creo reconocer los rasgos reproducidos por el grabado y por la fotografía... No recuerdo más.

Hay un camino largo por donde va, inexplicablemente, una vía. Pasamos por tierras y por aguas y reconozco un paisaje que he visto en mi infancia. Hay otros como ciudades de cartón colocadas sobre las colinas.

Un mariscal con tres colas y un abate que le mira de lejos...

Es un violento incendio en una ciudad cuyas construcciones recuerdan a Peroneso. Y sobre torres gigantescas que se levantan en los cielos, resplandece un fulgor de incendio rojo. De pronto, el mar llega y es una inundación.

En lo misterioso del ensueño, una arquitectura como de creta o piedra pómez realizada por un

lapidario infernal. Los escultores del ensueño saben únicamente realizar lo que el agua y el viento.

Una ciudad donde ha habido holocaustos y ceremonias públicas. Todas las gentes transitan sin hablar. De pronto hay una amenaza universal que nadie comprende, pero que todos temen. La angustia fué horrible, y yo me desperté.

INTERMEZZO TROPICAL

I

Mediodía.

Midi, roi des étés, como cantaba el criollo
Francés. Un mediodía
Ardiente. La isla quema. Arde el escollo,
Y el azul fuego envía.

Es la isla del Cardón, en Nicaragua.
Pienso en Grecia, en Morea o en Zacinto.
Pues al brillo del cielo y al cariño del agua
Se alza enfrente una tropical Corinto.

Penachos verdes de palmeras. Lejos,
Ruda de antigüedad, grave de mito,
La tribu en roca de volcanes viejos,
Que, como todo, aguarda su instante de infinito.

Un ave de rapiña pasa a pescar, y torna
Con un pez en las garras.
Y sopla un vaho de horno que abochorna
Y tuesta en oro las cigarras.

II

Vesperal.

He pasado la siesta
Y la hora del Poniente se avecina,
Y hay ya frescor en esta
Costa, que el sol del Trópico calcina.

———

Hay un suave alentar de aura marina,
Y el Occidente finge una floresta
Que una llama de púrpura ilumina.

———

Sobre la arena dejan los cangrejos
La ilegible escritura de sus huellas.

Conchas color de rosa y de reflejos
Áureos, caracolillos y fragmentos de estrellas
Del mar forman alfombra
Sonante al paso en la armoniosa orilla.

Y cuando Venus brilla,
Dulce, imperial amor de la divina tarde,
Creo que en la onda suena
O son de lira o canto de sirena,
Y en mi alma otro lucero como el de Venus arde.

III

Canción otoñal.

Aire de "Seminole„ de Egbert Vanalstyne.

En Occidente húndese
El sol crepuscular;
Vestido de oro y púrpura
Mañana volverá.

En la vida hay crepúsculos
Que nos hacen llorar,
Porque hay soles que pártense
Y no vuelven jamás.

CORO

Vuela la mágica ilusión
En un ocaso de pasión,
Y la acompaña una canción
Del corazón.

Este era un rey de Cólquida,
O quizá de Thulé,
Un rey de ensueños líricos
Que sonrió una vez.

De su sonrisa hermética
Jamás se supo bien,
Si fué doliente y pálida
O si fué de placer.

CORO

Vuela la mágica ilusión
En un ocaso de pasión,
Y la acompaña una canción
Del corazón.

La tarde melancólica
Solloza sobre el mar.
Brilla en el cielo véspero
En su divina paz.

Y hay en el aire trémulo
Ansias de suspirar,
Porque pasa con Céfiro
Como el alma otoñal.

CORO

Vuela la mágica ilusión
En un ocaso de pasión,
Y la acompaña una canción
Del corazón.

IV

Raza.

Hisopos y espadas
Han sido precisos,
Unos regando el agua
Y otras vertiendo el vino
De la sangre. Nutrieron
De tal modo a la raza los siglos.

Juntos alientan vástagos
De beatos e hijos
De encomenderos; con
Los que tienen el signo
De descender de esclavos africanos,
O de soberbios indios,

Como el gran Nicarao, que un puente de canoas
Brindó al cacique amigo
Para pasar el lago
De Managua. Eso es épico y es lírico.

V

Canción.

Niñas que dais al viento,
Al cielo y a la mar
La mirada, el acento
Y el olor de azahar
Que de vuestros cabellos
Bellos
Amamos respirar;

Damas de sol y ensueño,
De luz y de ilusión,
Que anima el dios risueño
Dueño del corazón,
Por vuestros ojos cálidos,
Pálidos
Los soñadores son.

Obras de arte del sacro
Artista universal,
Tan bello simulacro
Dé su gracia fatal
Y en tal estatua vibre,
Libre
El psique de cristal.

Pues sois de la existencia
La dicha en lo fugaz,
Y vuestra dulce ciencia
Suele ser eficaz,
Quémese uno en tal fuego;
Luego
Puede dormirse en paz.

VARIAS

Brindis.

Esta casa de gracia y de gloria me augura,
Por estas dulces horas que son de Epifanía,
Como el amanecer de un encantado día
Que iniciase las horas de una dicha futura.

Aquí un verbo ha brotado que anima y que per-
Aquí se ha consagrado a la eterna Armonía [dura
Por las rosas de idea que han dado al alma mía
En sus pétalos frescos la fragancia más pura.

Suaves reminiscencias de los primeros años
Me brindaron consuelos en países extraños.
Y hoy sé por el Destino, prodigioso y fatal,

Que si es amarga y dura la sal de que habla el
[Dante,
No hay miel tan deleitosa, tan dulce y tan fragante,
Como la miel divina de la tierra natal.

Poema del Otoño.

Tú, que estás la barba en la mano
Meditabundo,
¿Has dejado pasar, hermano,
La flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres
Con quejas vanas:
¡Aún hay promesas de placeres
En las mañanas!

Aún puedes casar la olorosa
Rosa y el lis,
Y hay mirtos para tu orgullosa
Cabeza gris.

El alma ahita cruel inmola
Lo que la alegra,
Como Zingua, reina de Angola,
Lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable,
Y oyes después
La imprecación del formidable
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza;
Mas mira cómo
Llega el miércoles de ceniza:
Memento, homo...

Por eso hacia el florido monte
Las almas van,
Y se explican Anacreonte
Y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso
Se entra en el mal
Por la puerta del paraíso
Artificial.

Y, no obstante, la vida es bella,
Por poseer
La perla, la rosa, la estrella
Y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco
Mar. Y se pierde
Silvano oculto tras el tronco
Del haya verde.

Y sentimos la vida pura,
Clara, real,
Cuando la envuelve la dulzura
Primaveral.

¿Para qué las envidias viles
Y las injurias,
Cuando retuercen sus reptiles
Pálidas furias?

¿Para qué los odios funestos
De los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
De los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba, en suma,
Cielo e infierno,
Y nuestras vidas son la espuma
De un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste
La amarga prosa;
Soñemos en una celeste,
Mística rosa.

Cojamos la flor del instante.
¡La melodía
De la mágica alondra cante
La miel del día!

Amor a su fiesta convida
Y nos corona.
¡Todos tenemos en la vida
Nuestra Verona!

Aun en la hora crepuscular
Canta una voz:
«¡Ruth, risueña, viene a espigar
Para Booz!»

Mas coged la flor del instante
Cuando en Oriente
Nace el alma para el fragante
Adolescente.

¡Oh! Niño que con Eros juegas,
Niños lozanos,
Danzad como las ninfas griegas
Y los silvanos!

El viejo tiempo todo roe
Y va de prisa;
Sabed vencerle, Cintia, Cloe
Y Cidalisa!

Trocad por rosas azahares,
Que suena el son
De aquel Cantar de los Cantares
De Salomón!

Príapo vela en los jardines
Que Cipris huella;
Hécate hace aullar los mastines;
Mas Diana es bella.

Y apenas envuelta en los velos
De la ilusión,
Baja a los bosques de los cielos
Por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora
Con su virtud;
Goza del beso de la aurora,
¡Oh juventud!

¡Desventurado del que ha cogido
Tarde la flor!
Y ¡ay de aquel que nunca ha sabido
Lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical
La sangre arder,
Como en un cáliz de cristal,
En la mujer.

Y en todas partes la que ama
Y se consume
Como una flor hecha de llama
Y de perfume.

Abrasaos en esa llama
Y respirad
Ese perfume que embalsama
La Humanidad!

Gozad de la carne, ese bien
Que hoy nos hechiza,
Y después se tornará en
Polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
Luz de sus fuegos;
Gozad del sol, porque mañana
Estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
Que a Apolo invoca;
Gozad del canto, porque un día
No tendréis boca.

Gozad de la tierra, que un
Bien cierto encierra;
Gozad, porque no estáis aún
Bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
Y que os restringe;
La paloma de Venus vuela
Sobre la Esfinge.

Aún vencen muerte, tiempo y hado
Las amorosas;
En las tumbas se han encontrado
Mirtos y rosas.

Aún Anadiódema en sus lidias
Nos da su ayuda;
Aún resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,
De sangre humana,
Y aun siente nuestra lengua el gusto
De la manzana.

Y hace de este globo viviente
Fuerza y acción
La universal y omnipotente
Fecundación.

El corazón del cielo late
Por la victoria
De este vivir, que es un combate
Y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
El sino adverso,
En nosotros corre la savia
Del Universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
De tierra y sol,
Como el ruido de la mar
El caracol.

La sal de la mar en nuestras venas
Va a borbotones;
Tenemos la sangre de sirenas
Y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
Frondas espesas:
Tenemos carne de centauros
Y satiresas.

En nosotros la Vida vierte
Fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
Por el camino del Amor!

OFRENDA LÍRICA

Saludo a Rubén Darío.

I

Llegas pisando la tierra
Donde naciste a la gloria.
Llegas cantando victoria
Donde te hiciste a la guerra.

Y te dan sus bienvenidas
Los que en tu credo pensaron;
Esos, los que colocaron
El Arte sobre sus vidas.

Y te saludan hermano
Los que te desconocieron.
¡Y hasta los que te ofendieron
O escondiéronte la mano!

Porque aunar las voluntades
Es virtud de triunfadores;
Hacer de niños, mayores.
¡Y domar las tempestades!

Tú eres bardo y eres fuerte,
Porque tú tienes la fe:
Arma y escudo con que
Has de vencer a la muerte.

Y si menciono los yerros
De los que ataron tu acción,
Y quisieron como a Acteón
Devorarte con sus perros,

Es porque están a la vista
En tu bajel de colores
Los colores vencedores
De tu estandarte de artista.

Porque en tu noble vivir
Sufriendo, amando y soñando,
Has persistido cantando
El verbo del porvenir.

Porque como el héroe aquel
De la leyenda inmortal,
Triunfaste del bien y el mal
Siendo tan grande como él.

Y porque no obedeciste
Al tirano de tu cuento,
Y tu estrofa dando al viento
Nacer un sol nuevo hiciste.

II

Deja que vaya el pensar
Por el mundo del recuerdo.
Soy buen buzo y no me pierdo:
He sabido en tu alma entrar...

Fué ayer en pascua florida,
Cuando tú niño-poeta,
Diste al pueblo tu cuarteta
Primera, luz de tu vida.

Ceremonia pintoresca
En que tu alma sensitiva
Viejos empastes refresca
En paleta primitiva.

Fué la aurora de un gran día.
Fué un soberbio amanecer,
Donde se ensayó tu ser
Para la heroica porfía.

Después..., después fué la ruda
Lucha del bardo y el medio,
Y del dolor el asedio
Contra el alma absorta y muda.

Absorta en su despertar,
Que creyó suave... Después
Encuentras tu rey burgués
Que te quiere mancillar.

Y para no sucumbir
Al manubrio dando vuelta,
Te lanzaste a la revuelta
Que hizo a las ocas huir.

Inicias la gran batalla
Violentando tu destino,
Y te arrojas peregrino
Del mundo, gigante hornalla.

Y ya con la nave ardida
Y quebrantando la pauta,
Con *Azul* el argonauta
Lanza el gran reto a la vida.

Y vas sobre las naciones,
Loco, derramando rosas:
Rosas tus divinas *Prosas;*
Rosas, *Peregrinaciones...*

Rosas de amor, rosas rojas;
Rosas de amor, rosas santas,
Con que las vidas encantas,
Mientras tu vida deshojas.

Y adonde nadie te alcanza
Arribas en tu carrera,
Puesta al tope la bandera
Con tus *Cantos de esperanza.*

Cantos de vida que son,
A las vidas encantadas,
Como agujas imantadas
Determinantes de acción.

III

Con la fe puesta en la obra
Has marcado tu destino,
Y diseñado el camino
De la vida que te sobra.

———

Ya nadie podrá estorbar
La luz que a América entró
Cuando tu canto sonó
Como un nuevo despertar.

ALBERTO GHIRALDO.

Buenos Aires, agosto de 1912.

Marcha heroica.

Torres de Dios, poetas.
RUBÉN DARÍO.

Serían necesarios todos los clarines del mundo,
Y las que los arcángeles pulsan magníficas tiorbas divinas,
Y todas las campanas del orbe lanzadas a vuelo,
Y el rumor de las olas de todos los mares vibrantes,

Y de América y de España las liras a coro ajustadas,
Y el latir exaltado de los corazones de todos los hombres,
Y el llorar de las quenas fatídicas en las abras desiertas,
Para entonar a tu paso, varón melancólico y fuerte,

La marcha triunfal y funérea, doliente y heroica,
Que anunciara tu entrada entre palmas y vítores,
Al olimpo dantesco en donde las sombras ilustres
Dialogan escuchando el fluir de las horas eternas.

Tal sería la marcha necesaria a tu paso,
Y que entre las notas de esa gran sinfonía soberbia
Se vieran surgir catedrales, boscajes, campamentos y pam-
Océanos, montañas y campos de batalla, y ruidosas [pas,

Multitudes cantando por medio de metrópolis vastas,
Y ciudades autóctonas en el fondo de imperios incásicos,
Con radiantes cortejos oficiando los ritos solares.

Catedrales erizadas de altísimas torres sonantes
Que irían marcando los tonos de oro, de plata y de bronce.
Campamentos con mil dianas cuajadas de voces argentinas
[de aurora.
Campos de batalla con el grito espasmódico de los vence-
[dores,

Y el ¡ay! penetrante y gimiente de los moribundos vencidos,
Con derrumbes de hierro y de cobres de acerados cañones.
Boscajes crepitantes del trópico, con trinos y flautas y aro-
Y vivos plumajes y fieras lujuriosas y elásticas. [mas
Pampas dilatadas donde el viento repite al oído,

Al compás de galopes piafantes, bajo el sol y el azul de la
[enseña,
El triplice grito patricio: Libertad, Libertad, Libertad.
Ciudades rumoreantes de calles crujientes y rectas,
Veladas por el humo de talleres, de usinas y fábricas.

Océanos con crescendos rompientes de espumosas oleadas,
Y el vibrar de las jarcias y el gemir de las grúas potentes,
Entre el sordo roncar de bocinas en todos los puertos del
[mundo,
A la vista de cofas y mástiles y de todas las banderas del
[globo.

Y diría la marcha en profundos acordes marciales
Todo aquello que vive en tus versos o pasa en tropel tumul-
Como una sucesión infinita de imágenes mágicas [tuoso,
Evocadas por la voz soberana de tus númenes sacros:

Todos tus sufrimientos y amores y sueños y tus esperanzas,
Ansiedades rugientes torturándote en lóbregas noches eter-
[nas,
Deseos mordientes como fierecillas agudas royéndote el
[seno,
Pecados futiles purgados con llanto contrito y ceniza y ci-
[licios,

Los placeres innúmeros padecidos después de vencida la
[bestia,
Las crucifixiones ingratas soportadas pensando en un pós-
[tumo triunfo,
Y el dolor del hincarse del diente de envidias y envidias y
[envidias,

Y el desprecio feroz del estulto, del ignaro, del vil y del pér-
[fido,
Y ante todo y con todo y en todos los días, la angustia te-
[rrible
De sentirse perdido en la sombra y frente al abismo inson-
[dable,
Sin saber, a pesar de vislumbres efímeras, ni de dónde ve-
[nimos
Ni hacia dónde marchamos, peregrinos ilusos de una Cól-
[quida incierta.

Tal sería la marcha gloriosa necesaria a tu paso,
¡Oh varón melancólico y fuerte, melodioso y profundo!,
Porque todo resuena en tu canto florecido de ocasos y auro-
[ras;

Porque todo resuena en tu canto, pues hubistes amor para
[todo,
Con dolor y placer para todos los hombres de todas las razas;
Porque fuistes el indio postrero monumentalmente magní-
[fico,
Conquistando a tu vez a Castilla y volviendo en estrofas
[eternas

El furor de los fieros infantes de coraza y de pecho de hierro,
Y asimismo levantaste por sobre clamores de bárbaros
El espíritu invicto de la ínclita estirpe latina;
Porque en tu corazón resonaba, en acorde perfecto y uná-
El ritmo de la Humanidad exaltado y excelso; [nime

Porque tú eras, ¡oh varón melancólico y fuerte y sin par!,
Una torre de Dios, un poeta, sembrador inmortal de espe-
[ranzas.

RAFAEL DE DIEGO.

Responso a Rubén Darío.

Una congoja enorme sobre la tierra cruza.
No son los magnos manes que por Europa azuza
El férreo Marte fantasmal,

———

Ni ha rezongado el ronco Chimborazo estallante
Que afirma allá en la nuca de América gigante
Fueguina lengua colosal.

———

Es la congoja enorme del prodigio nocturno,
Que inmoviliza estrellas, que pone un taciturno
Ósculo sobre la flor,

Que es esa media muerte de todos los adioses,
Y es esa dulce y tierna timidez de las voces
Con que se despierta el amor.

Y han callado los truenos marinos, los tropeles
Violentos de los vientos, los áureos cascabeles
De la brisa primaveral,

Y en las vírgenes selvas de faunos y bacantes,
Ya no se escuchan esos balbuceos rezantes
De la armonía terrenal.

Y la desnuda estrella de la bóveda vasta,
Con un temblor de párpado, con un mirar de casta
Melancolía de mujer,

Es una esclava intacta del destino sañudo
Que viste pensativa su blanco velo viudo
En el pálido atardecer.

El cisne cristalino de interrogante cuello,
Que es astralmente casto, que es lilialmente bello
Y nevadamente gentil,

En el lago epidérmico no boga ni aletea
Y está inmóvil y solo, como una gran idea
. En un símbolo de marfil.

El religioso lirio de la sagrada huella,
Que es flor para nosotros y para Dios estrella
Con que ilumina su mirar,

Abierto como un alma bajo la azul penumbra,
Ya no es lirio ni estrella, ya no aroma ni alumbra,
Ni hace pensar ni hace soñar.

Y el corazón, a modo de fúnebre campana,
Gárrula y alada, ha huído de la fiesta
Del claro coro trinador,

Y oculto está en su nido del bosque wagneriano,
Como si el nido fuera la compasiva mano
Que le acaricia su dolor.

Y es que se escucha un grito desolante y desierto:
Rubén Darío ha muerto, Rubén Darío ha muerto,
Rubén Darío ha muerto. ¡Amén!

Y el corazón, a modo de fúnebre campana,
Dobla en la noche triste, con honda voz humana,
¡Rubén! ¡Rubén! ¡Rubén! Rubén!...

MARTÍN DE BERUTTI.

Buenos Aires, febrero 17 de 1916.

Requiem.

Volviste al nido, a morir...
La Intrusa te perseguía;
La sombra de su guadaña sobre tus sueños caía,
Te sorprendió en tu camino su descarnado reír.

¡Oh príncipe errante y triste!
¿Qué sueño extraño tuviste
Cuando la viste venir?

¿Viste otra vez en tu sueño los lejanos bulevares,
Turbulentos, familiares,
Donde rodó luminosa tu segunda juventud?
¿El Luxemburgo dormido donde vibró tu laúd,
Cuando caían las hojas del otoño triste y gris
De París?

¿Viste las noches de lluvia de Montmartre y del [Quartier;
No sentiste una fragancia
De claros lises de Francia,
Cuando soñabas aquella tu juventud que se fué?

¡Oh príncipe vagabundo
Que cantabas por el mundo
Tu verbo extraño y sonoro,
Y en las tierras y en los mares
Engarzabas tus cantares
De amor, de ensueño, de gloria, de esperanza y de [inquietud,
Las melodías de oro
De tu errabundo laúd!...

. . . . . .

Y te quedaste dormido;
Y al helarse en tus pupilas tu último sueño inmortal,
Cayeron lises de Francia
Sobre la fúnebre estancia;
La Intrusa se había ido,
Y en el extraño silencio de aquel morir, hubo un [ruido
De claras voces de infancia
Bajo los viejos aleros de la casa colonial...

. . . . . .

En las nieblas de los anchos bulevares
Siempre viven tus cantares
De amor, de ensueño, de gloria, de esperanza y de [inquietud;

Cisne errante y solitario,
Una luna americana te envolvió como un sudario,
Y al romperse tu laúd,
La banda de tus sueños luminosos y errabundos,

Fué volando en el silencio taciturno de los mundos
A posarse en una tierra vaga y gris,
Allá lejos, a un país
Que albergó bajo su cielo tu lejana juventud;

¡Blanca luna americana que velaba tu agonía...
Pero tu alma era aquel cisne que cantaba todavía
Bajo el cielo de París!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

Lazo fúnebre.

Para el funeral lírico de Rubén Darío.

Porque fuiste, sin duda, el alma-verso,
Copa de Dios celestemente llena
Para los que adorando el Universo

Tienen la angustia por cordial regalo,
Sufren el mal de una excesiva pena,
Dan en ser buenos cuando todo es malo...

Porque fuiste, sin duda, el que tocara
Mejor el corazón de los mejores,
Hombre del verso claro y alma clara,

Del verso que era como un sello rosa
Para los labios en que los dolores
Ponían una curva fatigosa...

Porque en la hora del poema diste
La dulce nota de la angustia breve
Y el hondo soplo del eterno triste;

La nota ambigua del sensual pagano
Que se complica en este tiempo aleve
En hombre azul de corazón cristiano...

Porque siendo de Dios y de la tierra
Diste la humana nota y la divina,
Y siendo amor fuiste clarín de guerra...

Y era en tu trova la solar blancura
Y era también la áspera sal marina,
La cumbre azul y la paloma pura.

Púlpito y mar, o sacerdote y ola,
La trova fija y el amor mudable
Eran en ti como una nota sola;

Y eras también el misterioso barco
Cuya cruz se levanta a lo inmutable,
Aunque en la plena mar describa un arco.

Y eras también — ¿a qué decirlo? — el Grande
En la América virgen y precaria,
A la que hablaste por que surja y ande.

Nos dijiste que el verso purifica,
Que la noción de Dios es necesaria
allí donde el poder se multiplica...

Y nos dijiste el mal de la sospecha
De las divinas cosas de lo alto
Que nos deben cruzar como una flecha,

Como una flecha solarmente fuerte
Que haga de nuestra carne un sobresalto
Que por gloria de Dios fine en la muerte!

Y nos dijiste más: morir es bueno
Cuando pesa el amor, cuando el latido
Ya por nunca jamás será sereno;

Y eras así, colmado de pasiones,
El ansia dolorosa del olvido,
El deseador de inmensas ilusiones!

Llegaste a la magnífica elocuencia
De que tu angustia fuese en menor parte
Por que fuese mayor la transparencia,

Y así, deseando reducir tu duelo
Conseguiste a la vez un cálido Arte
Y un alma azul como la tiene el cielo!

¡Cuánto dolor pudiste dar en verso
Y no lo diste, cuánto! Preferías
Extenderte a mirar el Universo,

Perdonando a los falsos eruditos
La exactitud de todas sus teorías
Acerca de problemas infinitos...

¡Y si te hicieron mal! Pero tu rosa
Guarda la espina bajo la hoja ardiente,
Y ya vendrá el del alma cautelosa

Que encuentre en ti más que poesía
Y así lo clame a la futura gente
Ávida de otro mundo y de otra vía...

JUAN PEDRO CALÓU.

Febrero 15, 1916.

A Darío.

Padre Rubén, maestro cuya lira armoniosa
Supo toda la gama sutil y misteriosa
Del verso alado y musical;

Que llevaba en sus cuerdas no escuchadas cancio-
Prosas profanas y místicas oraciones [nes,
En connubio sentimental.

Poeta entre poetas, maestro de maestros,
Privilegiado numen entre fúlgidos estros,
Esclarecido rimador:

Por ti el viejo romance luce con nuevo brillo,
La gesta del trovero y el culto caramillo
Cobran mirífico esplendor.

Por ti el imperio vasto del grande Moctezuma
Revive tradiciones de fiereza; tu pluma
Las lleva a lejano confín,

Y en las notas guerreras de tu pífano heroico
Resalta más el gesto despectivo y estoico
Del muy noble Cuauhtemotzín.

¡Oh sagrado aborigen, tu caracol broncíneo
Sugiere no el acanto, ni el laurel apolíneo,
Para tu frente de inmortal!

Que huyan las canéforas; se esconda el coro trágico
Y llegue el hierofante con el penacho mágico
Hecho de plumas de quetzal.

Ancianos nobilísimos, en la calma nocturna,
Circunden reverentes tu cineraria urna
Cantando estrofas de loor,

Y núbiles doncellas, agitando ayacaxtles,
Tejan vistosas danzas mientras los teponaxtles
Acallan su sordo fragor.

Lentamente desfile la sombría cohorte
De poetas, y en duelo cada uno te aporte
Su lira rota, paladín,

Y si curioso Pan en el contorno acecha,
Tezcatlipoca lance tal mortífera flecha
Que a sus desmanes ponga fin...

Y huya el hijo de Dríope buscando a las Castáli-
Por sus carnes seniles, temblorosas y pálidas [das...
Corre calosfrío letal,

Y lleva en las pupilas, como visión caótica,
Los símbolos de nueva mitología exótica
En pugna con Hades fatal;

Mas en vano recorre, tal espectro noctívago,
Los ámbitos del bosque rumoroso y undívago,
Lanzando gritos de dolor;

Por doquiera descubren sus ojos cadavéricos
Una sombra gigante, de perfiles homéricos,
Que fulge como resplandor.

CARLOS BARRERA.

Cristianía, 6 de octubre de 1916.

Responso a Rubén.

Padre y maestro mágico; visionario celeste;
Eglógica zampoña o caramillo agreste;
Rotundo y épico tambor;

Huracán desatado o céfiro suave;
Argonauta del verso enfilaste tu nave,
Hacia las playas del amor.

Que el cuerpo en que habitara tu lírica paloma
No se convierta en polvo de fúnebre carcoma
De tu sepulcro en la mansión;

Que bajo el limpio cielo de la Grecia riente
Ardan los blancos cirios de tu capilla ardiente
Dentro del mismo Partenón.

Que la diosa de diosas, la solemne Atenea,
Guardia y ornato a un tiempo de tu sepulcro sea,
Y llanto vierta sobre ti;

Que en atrios y metopas, en columnas y frisos,
Vierta su henchida crátera el próvido Dionysos
Y Anacreonte beba allí.

Que si el tronco robusto de tu vida preciosa,
Lachesis, Cloto y Atropos derriban en la fosa,
Ciegas por bárbara crueldad,

Las tres hijas de Zeus, Aglae, Talía, Eufrosina,
Te ofrezcan de sus gracias la armonía divina,
Llenas de ritmo y majestad.

Que si los castos mármoles del regio mausoleo,
Las cenagosas aguas del obscuro Leteo
Quieren manchar y obscurecer,

El mítico Pegaso sus furias encadene
Y haga brotar de nuevo la fuente de Hipocrene
Para que allí puedas beber.

Que faunos y centauros, ninfas y coribantes,
Sátiros y silenos, nereidas y bacantes
Dancen en torno al panteón,

Y que, al tender la noche sus peplo milagroso,
Entre besos y risas, un ruiseñor celoso
Lance a los vientos su canción.

Galopar de centauros en las espesas frondas,
Blancas carnes de ninfas entre las verdes ondas,
Risas de agua y de cristal;

Caracolas marinas y clarines triunfales,
Repicar de campanas y fluir de panales,
Labios en flor, flor de rosal.

Surque las turbias aguas del trágico Aqueronte,
La funeraria barca que conduce Caronte
Hacia el reinado de la luz,

Y miren nuestros ojos que, en el bogar ligero,
¡La estela del navío y el remo del barquero
Trazan la seña de la cruz!

MANUEL DE GÓNGORA.

Las Musas a Darío.

Porque has hecho que el Verso, como efebo rosado, dan-
En las liras de luz de la Aurora, magnífico y diestro, [zara
Coronando las rosas de tu vida profunda y preclara
Con la música inmensa que ha vertido en los siglos tu estro;

Porque amabas la luna, ¡dulce isla eucarística y rara!
Y eras áspero y tierno, como rosa vestida de hierro, y tan
[nuestro
Que tu voz era nuestra, Gloria de alas eternas ampara
Tus poemas, tu nombre y la flor de tu estro, Maestro!

Tu corazón ha muerto, ¡rubí triste de arder fatigado!...
En las aguas obscuras de sus negros países, la Muerte
Matar quiere los cisnes de tus lagos, ¡oh claro Señor!...

Ella cubre tu vida, como un vasto oceano enlutado;
Mas en vano: tu alma sobrenada y su canto se advierte
Como un coro de cisnes en un Himno de Vida y de Amor.

EMILIO BAQUERO LAZCANO.

Epitafio.

Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,
Y llena está de ti la soledad que espera
Tu retorno... ¿Vendrás?... En tanto Primavera
Va a revestir los campos, a desatar la fuente.

En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga
Tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.
Y eres en nuestras mentes y en nuestros corazones
Rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.

Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina
Te aguardan... Dondequiera tu cítara divina
Vibró, su son pervive, sereno, dulce, fuerte...

Solamente en Managua hay un rincón sombrío
Donde escribió la mano que ha matado a la Muerte:
—Pasa, viajero; aquí no está RUBÉN DARÍO.

MANUEL MACHADO.

Elegía a la muerte del maestro.

Una siringa, y un tirso y un estro
Cubren la tumba del alto maestro
Padre Rubén, padre Rubén...

Y una elegía, que cruza los mares,
Lleva la angustia que tantos lugares
Lloran por él, lloran por él...

Dió en Nicaragua a la tierra tributo...
Numen y Apolo se visten de luto
Por el cantor, por el cantor...

Marte detiene un instante el concierto,
Y se descubre al pasar este muerto,
Verbo de amor, verbo de amor...

Tierra le dan en su tierra nativa...
Pero su voz luminosa está viva
Por siempre amén, por siempre amén...

Y en su inmortal armonía poética
Se oye una voz, que murmura profética:
«Vive Rubén, vive Rubén...»

¡Padre Rubén, que me diste la vida!...
¡Padre Rubén, en tu voz elegida
Vi la verdad, vi la verdad!...

Tú me enseñaste, en la red de tu verso,
A recoger todo el gran universo
En su unidad, en su unidad!...

Padre Rubén, que, sonoro y profundo,
Todas las voces sonaste del mundo,
Como organista de gran catedral...

Padre Rubén, en tu gran armonía
Tuvo un tesoro de polifonía
La polifónica voz musical...

Padre Rubén, que cruzaste el Atlante,
Y, cabalgando en un monstruo pujante,
Diste en París con el triste Verlaine...

¡Padre Rubén, que en París, con el triste,
Del ponzoñoso veneno bebiste!...
¡Padre Rubén, padre Rubén!...

Padre Rubén, que, como Edgar, tenías
Llena la copa de melancolías
Por olvidar, por olvidar...

No te sació de los Andes la altura,
Ni la pelada manchega llanura,
Ni el ancho mar, ni el ancho mar...

Porque en tu espíritu estaban más grandes
Todos los mares y todos los Andes,
Llenos de luz, llenos de luz...

Y fuiste, en yate o vagón, pasajero,
Embajador del amor y viajero
De la inquietud, de la inquietud...

Era tu musa concreta y ambigua...
Era elegante, moderna y antigua
Y era genial, y era genial...

Fuiste con Píndaro, en Grecia, pagano...
Fuiste con Dante, en Italia, cristiano,
Y cortesano, en París, con Ronsard...

Tú, que a Verlaine, con tu ritmo vibrante,
Como en el rito de un gran hierofante
Diste oración, diste oración;

Deja que diga en tu muerte la mía,
Ya que te doy con tan pobre armonía
Mi corazón, mi corazón...

Yo, que te amé con amor sacrosanto,
Quiero llorar y ofrecerte mi llanto
Con mi laurel, con mi laurel...

¡Mirtos y rosas están en espera
De coronar esa gran calavera
Donde los vermes hoy liban tu miel!...

Traga la tierra al dragón y al cordero...
Traga al monarca como al pordiosero,
Sin descansar, sin descansar...

Y este maldito apetito que crece,
Padre Rubén, tu palabra enmudece
Sin perdonar, sin perdonar...

Suene la flauta, y el mirto y el estro,
Para cantar por el alto maestro,
Que la siringa sonó y el rabel...

¡Mieles nos dió su armonía y su prosa,
Y cada rosa que brote en su fosa
Para la abeja será nueva miel!...

Padre Rubén, a quien yo reverencio:
Dios te acompañe en tu eterno silencio;
A descansar, a descansar...

¡Pero tu espíritu no halla reposo,
Y eternamente se mueve armonioso,
Como la mar, como la mar!

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN.

In memoriam.

¡Oh, fídice magnífico, dueño de la armonía;
Peregrino encantado de una selva ilusoria,
Que hiciste de esta vida, pequeña y transitoria,
La lírica entelequia del griego que en ti había!

Ungió tu corazón de luz el rey del día,
Y el alma pura tuya, selene y amatoria,
¡Soñó sobre los lirios, veló sobre la gloria,
Nostálgica de mundos, ebria de melodía!

¡Oh, príncipe, elegido de las musas sagradas!
Ante tu fosa, el tiempo renovará los lauros.
¡Te elevarán los cisnes hacia la mar futura!

Para ti se han abierto las elíseas moradas,
¡Para ti, que poblaste de ninfas y centauros
Los bosques mitológicos que amaba tu alma pura!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.

La vuelta del cóndor.

I

Poeta de los Andes, en tu anhelo,
Como un enorme cóndor pensativo,
Triste mirabas el zafir del cielo,
Desde la cima del peñón nativo.

Cual si quisieras desgarrar el velo
—tu carne ardía como mármol vivo—,
armonioso y audaz, tendiste el vuelo
y, como el cóndor, te alejaste altivo.

Llenas de sol y ebrias de azul las alas
A través de Atlántico sonoro,
Llega solemne ante el altar de Palas.

La diosa, con amor, besa tu frente,
Y en tu gran corazón, urna de oro,
Cesa ya de rugir un Continente...

II

Pan te presta la flauta en la espesura,
Y es cada verso que tu amor burila,
Un diamante que tiembla y que fulgura,
Como gota de llanto en la pupila.

Tu Musa fuerte y, como fuerte, pura,
Gana el heleno Parthenón tranquila,
En rojo cáliz el champaña apura,
Copos de lumbre con los astros hila.

Con el Dios-hombre su dolor hermana,
Con Diampios su canto desenfrena,
Con el laurel de Apolo se engalana,

Con el viejo tritón lucha en la arena...
¡Así tu Musa, para orar, cristiana,
Y para el goce y para el canto, helena!

III

Con el laurel y con el verde olivo,
Glorioso, sí, pero sin un anhelo,
Volviste hacia los Andes pensativo,
Cóndor-cantor, acostumbrado al vuelo.

Y allí, a la gloria y al amor esquivo,
Te contemplaste a solas con tu duelo,
Sobre la cima del peñón nativo,
Bajo la comba del zafir del cielo.

Para encerrar tus restos dignamente
Megalómano audaz, hiciste fosa
Toda la magnitud de un Continente...

¡Vivir supiste y explorar lo arcano,
Y morir con el alma silenciosa,
Como un antiguo semidiós pagano!

ALFONSO CAMÍN.

Homenaje.

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

Hermano, ¡cuántas noches tu espíritu y el mío,
Unidos para el vuelo cual dos alas ansiosas,
Sondar quisieron ávidos el Enigma sombrío,
Más allá de los astros y de las nebulosas.

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos,
Engarzando en el oro de un común ideal
Los versos juveniles, que, a veces, brotar vimos
Como brotan dos rosas a un tiempo en un rosal!

Hoy, ya tu vida, inquieta cual torrente bravío,
En el Piélago arcano desembocó; ya posas
Las plantas errabundas en el islote frío
Que pintó Böcklin..., ¡ya sabes todas las cosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

Mis ondas, rezagadas van de las tuyas; pero
Pronto, en ese insondable y eterno mar del Todo,
Se saciará mi espíritu de lo que saber quiero:
Del Cómo y del Porqué, de la Esencia y del Modo.

Y tú, cual en Lutecia las tardes misteriosas
En que pensamos juntos a la margen del río
Lírico, habrás de guiarme... ¡Yo iré donde tú osas,
Para robar entrambos al musical vacío
Y al coro de los orbes sus claves portentosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡El de las piedras preciosas!

AMADO NERVO.

A Rubén Darío.

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿Dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
Corazón asombrado de la música astral,
¿Te ha llevado Dionysos de su mano al infierno
Y con las nuevas rosas triunfante volverás?

¿Te han herido buscando, en soñada Florida,
La fuente de la eterna juventud, capitán?

Que en esta lengua madre tu clara historia quede.
Corazones de todas las Españas, llorad.
Rubén Darío ha muerto en Castilla del Oro,
Esta nueva nos vino atravesando el mar.

Pongamos, españoles, en un severo mármol
Su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
Nadie esta lira taña si no es el mismo Apolo,
Nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan.

ANTONIO MACHADO.

San Rubén Darío.

(Para mi muy querido Amado Nervo.)

Como la estrella en la frente del Centauro, la nueva gema nació en el pecho del Cisne y fué anunciada por un terremoto.

Traed las griegas ramas del acanto
Para mezclarlas con laurel sombrío,
Donde desgrane su cristal el llanto;
Y venid a adorar a nuestro santo
Que está en el cielo, San Rubén Darío!

La cítara, el salterio y el oboe
Digan sus himnos suaves y supremos;
Su copa taumaturga vierta Cloe;
Ardan la mirra, el nardo y el aloe,
Y venid en silencio, y adoremos.

Tuvo una gema de fulgor profundo
En las manos marquesas de su hastío;
Y su mirada no era de este mundo...
¡Vino del alba y fué meditabundo
Y misterioso, San Rubén Darío!

Tembló su nombre entre las piedras raras:
Su nombre, lo más puro que tenemos,
Pues no lo tienen ni las noches claras.
Hay muchos incensarios en las aras,
Y venid en silencio, y adoremos.

Scherazada de enlutado viste,
En el Trianón el cisne tiene frío,
Y la Princesa pálida aun existe;
Y el Señor Jesucristo estaba triste
De no mirar a San Rubén Darío!

Mas lo llevó el Señor a sus jardines
Y exclamó en la penumbra:—«Descansemos.»
Y esto decía un astro en los confines;
Y venid coronados de jazmines
Y de piedras preciosas, y adoremos!»

Una rosa, entre todas las criaturas
La más rosada y llena de rocío,
Elevó su trisagio de blancuras:
«¡Abran sus labios mis corolas puras
Para alabar a San Rubén Darío!»

Con su candor la gema nemorosa
Clamó: «¡Qué raro ese fulgor que vemos!
Somos lo que refulge y que reposa;
Pero por ese verso y esa prosa,
Temblamos de rodillas, y adoremos!»

«Porque Psiquis te tuvo entre los presos
De su torre mortal, y fuiste mío
A pesar de la arcilla de tus huesos,
Pues sabías las lágrimas y besos,
Dijo una niña: San Rubén Darío!»

«En tanto viva mi celeste mito,
Y estén al sol mis proras y mis remos,
Tendrás el cráneo lleno de Infinito.»
Cantó un cisne, y al eco de su grito
Contestaron los cisnes: «Y adoremos.»

La miel: «Soy lo que admira y que comprende.»
El llanto: «Supo del misterio mío.»
El agua: «Mi clareza no se vende.»
Y el champán: «Soy el alba que se enciende
En las brumas de San Rubén Darío!»

Y la palabra en su cristal de encanto
Sollozó: «Sus cariños no tenemos.
Porque en Mí luchan el dragón y el santo,
Y Él los vencía...» Y agregó en su llanto:
«¡Ardamos en lo obscuro, y adoremos!»

«Para quien no lo ensalce», el anatema
La seda fulminó contra el impío.
El oro: «En sus blasones fuí un emblema.»
Y la lira, la urna y la diadema:
«¡Alabemos a San Rubén Darío!»

Y el Señor Jesucristo que entendía
Los himnos laudatorios y supremos,
Al coro de los seres respondía:
«Venid los que lo amabais. Soy el Día,
Y la Mirra en el Ara, y adoremos.»

RAFAEL HELIODORO VALLE.

Guatemala, 1916.

A Rubén Darío

en su última peregrinación.

En el fatal transcurso de la noche homicida
Han quebrado las Parcas la hilaza de una vida;
Prestigio de los dioses, de las Musas amor;

Las cenagosas aguas del lívido Aqueronte
Cruza entenebrecida la barca de Caronte
Llevando el simulacro corporal del Cantor.

Sereno va: no arredra su espíritu lo arcano;
Ya, en juveniles horas, el Griego y el Toscano,
Por gracia de los Númenes, descendieran con él;

Ya el óbolo debido pagó al fatal barquero,
Y en las hambrientas fauces del triple Cancerbero
Ha arrojado los panes de adormidera y miel.

Es tan hondo el silencio, tan profundo el misterio:
La soledad se abroga su temeroso imperio
Y las tinieblas hielan un funeral sopor;

Silenciosa la noche, silenciosa la charca,
Silencioso el bichero que da impulso a la barca...
¡Ni el oído más brujo percibiera un rumor!

La obscuridad redunda su aparato nocturno.
Adivínase el pálido rebaño taciturno
De sombras impalpables, en vagoroso errar.

El aire subterráneo, del vacío remedo,
Tiene las inquietantes frialdades del miedo,
Y hasta al poeta mismo se le ha visto temblar...

Mas al momento el germen original le inspira,
Y sus dedos recorren la multicorde lira
Que arrebatada vibra con elocuente son;

Nace una forma nueva del estro siempre encinto,
Y vuela por los ámbitos del avernal recinto
El fugaz aleteo de una alucinación.

Despiértanse los manes, del eternal reposo
Y trémulos acuden al foco melodioso,
Presos del bebedizo violento del cantar.

Y la palabra aédica rueda en las soledades,
Riza sobre las aguas, truena en las oquedades;
Y en las soturnas bóvedas se estrella como un mar...

¡Oh sortílego hechizo del lírico momento!
¡Oh poder formidable del mágico instrumento
Y Normas inviolables que urdisteis la canción!

Por vez segunda vieron las ondas del Leteo
Desarrollarse el mito plutónico de Orfeo
Y operarse en sus antros una transmutación.

Y es encendida, ahora, la mansión tenebrosa;
Por el influjo rítmico tórnase luminosa
Y amplias sonoridades por el ambiente van:

Del Universo antiguo surge un nuevo Universo,
A sus cubiles hoscos huye Carón adverso
Y el remo, ahora florido, bate el divino Pan...

La quimérica nave trasunto del destino,
Al arranque animoso del remero caprino,
Surca el agua, ligera cual esquife sutil;

Y más que hacia el Averno, naufragio de los seres,
Parece que acomete la ruta de Citeres,
A una venérea fiesta dionisíaca y gentil.

Los verdinosos juncos, las negras espadañas,
Los limos corrosivos y las infectas cañas
Reviven a una vida fragante y floreal,

Y dicen robledales y hayedos su prestancia;
Las mazorcas de Ceres pregonan la abundancia,
Y el triunfo de Pomona canta el árbol frutal...

Y acuden a las márgenes bandadas de palomas,
Los satirillos jóvenes muerden las verdes pomas,
Regustando, golosos, su agridulce acidez;

Y en el baño, sorpresa por la voz extrahumana,
Olvidando sus velos, la cazadora Diana
Muestra a todos los ojos su intacta desnudez.

— ¿Dónde van los viajeros? ¿Hacia qué sirtes
[bogan?
Bestezuelas y genios, curiosos se interrogan,
Puestas sus inquietudes en la interrogación.

Y un fauno milenario de melenas espesas,
Que aun gusta de las vides y de las satiresas:
— ¡Por Baco, que es insólita tal peregrinación!...

Y la pregunta cunde por el haz dilatado:
— ¿Busca la húmeda gruta o el jardín perfumado
Donde acampan las dríadas en setos de arrayán?

¿Va en pos de las adelfas donde Edgardo reposa,
O al prado de esmeralda que cubre el laurel-rosa
Donde, ha tiempo, le esperan Hugo y Pobre Lelián?

—Yo sé el gentil secreto—dice una ninfa bella—;
Sabed que este adamita del corazón de estrella
Concurrió en el enojo del divo flechador,

Por yo no sé qué cuento de una Musa raptada
Y de un viril ensayo sobre la hierba hollada
Sin miedo a las saetas de Apolo vengador...

—¡La sangre primigenia del floral sacrilegio
Le dió del armonioso poder el privilegio! —
Dicen, mientras la nave se hunde en la eternidad.

Detrás quedan el tedio, la tristeza y el lloro;
Mas vaga en el silencio como un temblor sonoro
Y flota en las tinieblas una astral claridad...

ORACIÓN

Rubén : Arca del sacro pensamiento latino.
Tu índice iluminado nos señaló un camino,
Mas era sólo tuya la inmaterial virtud.

Ritos y formas nuevas buscó tu poesía...
Maestro : Al fin hallaste la perfecta Armonía :
¡La última pauta lírica reposa en tu quietud!

Perdona si el poeta loco o irreverente
Puso un pagano mirto sobre tu helada frente
Y vertió, en vez de lágrimas, *rocío, vino, miel...*

Que al exprimir la viña sabrosa de tus días,
Vió cómo a los cipreses las rosas preferías
Y al funerario sauce, los brotes del laurel!

Llore el ciprés al muerto, no al que es eterno y
[fuerte.
La pena de los dioses es no alcanzar la muerte,
Clamó tu boca un día, soberbia de ideal:

No fué el tuyo el destino de los demás humanos:
— Thanatos y el Olvido son logaritmos vanos —
¡El Verbo, la substancia del Dios, te hizo inmortal!

TOMÁS MORALES.

Febrero de 1916.

FIN

ÍNDICE

Páginas

Pensando en Rubén Darío, por Luis G. Urbina... 5
Responso pagano, por Mariano de Cavia... 17
Apreciación, por E. Gómez Carrillo... 25

SOL DEL DOMINGO

Sol del domingo... 35
La gran Cosmópolis. (Meditaciones de la madrugada.)... 39
Dama. (A una chilena.)... 45
La Caridad... 49
A Lucía. (Por Ubago.)... 51
A Francisca... 53
Para Mariano de Cavia... 55
Eva... 57
Soneto... 59
Bella cubana... 61
A una mujer... 63
Soneto... 65
Amor... 67
A Rubencito... 69

Páginas

Babyhood. (A Julia Beatriz Berisso.)... 71
El padre nuestro de Pan... 73
Mater Pulchra. (Al general J. Santos Zelaya en la muerte de su madre.)... 77
Cantares andaluces... 79
Los olivos. (A J. S.)... 81
Despedida. (Para María Guerrero, que los declamó en el Teatro Odeón, de Buenos Aires, la noche del 5 de julio de 1897.)... 85
Caminos... 89
Peregrinaciones... 93
Nemrod está contento... 97
A un poeta... 101
Sueños. (A Miguel Moya.)... 103
Epitalamio... 107
A Francisca... 109
Fragmento... 119
Al recibir una carta de Buenos Aires... 121
A la República dominicana... 123
A mi hijo Rubén Darío Sánchez... 127
Para mi hijito Rubén Darío Sánchez... 129
Vargas Vila en su librería... 131
Sueño de misterio... 133

INTERMEZZO TROPICAL.

I. Mediodía... 139
II. Vesperal... 141
III. Canción otoñal... 143
IV. Raza... 147
V. Canción... 149

VARIAS.

Páginas

Brindis..... 153
Poema del Otoño..... 155

OFRENDA LÍRICA.

Saludo a Rubén Darío, por Alberto Ghiraldo..... 169
Marcha heroica, por Rafael de Diego..... 177
Responso a Rubén Darío, por Martín de Berutti..... 183
Requiem, por Héctor Pedro Blomberg..... 187
Lazo fúnebre (para el funeral lírico de Rubén Darío), por Juan Pedro Calóu..... 191
A Darío, por Carlos Barrera..... 197
Responso a Rubén, por Manuel de Góngora..... 203
Las Musas a Darío, por Emilio Baquero Lazcano ... 209
Epitafio, por Manuel Machado..... 211
Elegía a la muerte del maestro, por Luis Fernández Ardavín..... 213
In memoriam, por Rafael Lasso de la Vega..... 221
La vuelta del cóndor, por Alfonso Camín..... 223
Homenaje, por Amado Nervo..... 229
A Rubén Darío, por Antonio Machado..... 233
San Rubén Darío, por Rafael Heliodoro Valle..... 235
A Rubén Darío en su última peregrinación, por Tomás Morales..... 241

PQ
7519
D3S6

Darío, Rubén
Sol del domingo

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 10 25 01 011 8